

GENIIT

— sociología —
ciencia — literatura

Sumario

F. Falaschi: Del individuo, la ley y la sociedad. — E. Helgis: La Efimera. — Floreal Ocaña: La tradición autoritaria. — C. Lizcano: Creer y crear. — E. Z. de Arana: La medicina y la miseria. — Luigi Fabri: Qué es el fascismo. — Victoria Zeda: El opio político. — H. D. Thorau: Vida sin principios - Un nuevo proyecto. — F. M.: Panorama Internacional. — Giovanni Balde-lli: Psicoanálisis del anarquismo. — Costa Iscar: «Biología de la libertad». — Por Mario Rojas. — Preguntas y respuestas. — Microcultura. — Max Nettlau: Breve historia de la anarquía (folletón encudernable).



ABRIL 1959 100

REVISTA MENSUAL
PRECIO 100 FR.

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

Representa el símbolo mismo de la vida. En el gesto augusto de la madre amamantando a su hijo, los antiguos vieron la expresión del sentimiento cósmico de la fecundidad y la perennidad de la especie.

Juno o Ceres, madre humana o sembradora de simiente, seno repleto de leche o mano derramando el trigo sobre la tierra abierta, todo representa el mismo gesto vital, de creación y de nutrición eternas. Y los hombres, desde el seno de la madre hasta el seno de la tierra, necesitarán nutrirse de alimentos terrestres o celestes; de pan o de ilusiones; de realidad o de ideal.

En este Floreal, nombre con que la Gran Revolución designó la época de la eclosión de todas las flores, saludemos a la Madre como una afirmación de existencia y de persistencia.

CÉNIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borraz, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Valiina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

PÁGINAS DE ORO

Del individuo, la ley y la sociedad

II

E S vicio común exagerar el desnivel de las inteligencias, el individuo piensa así porque reacciona con demasiada violencia contra la sociedad que le oprime por los órganos del Estado : cree, el individuo, que la sociedad y el Estado son una misma cosa, una misma realidad indivisa cuya mesocracia le impone disciplina, sin reparar que la sociedad es una forma de convivencia común y el Estado un producto de la minoría, que no puede imponerse más que por la coacción y siempre modificando las relaciones sociales del individuo. Sólo en rarísimas excepciones es el individuo mucho más inteligente del común de los hombres. Las leyes que emanan de las cumbres del intelecto ¿podrían ser practicadas obligatoriamente por la sociedad? El común de los hombres ¿entenderían a Henri Poincaré o a Einstein en aquellas materias en que estos sabios alcanzan su mayor altura mental? Suponiendo que los legistas — cuya mediocridad es proverbial —, rayaran al mismo nivel, ¿serían comprendidos por el pueblo? ¿Interpretarían los jueces su aplicación? ¿Y los policías? Hemos visto a muchos vigilantes recurrir al palitroque o al revólver como método de procedimiento, pero nunca hemos hallado a uno que se acordara de Vélez Sarsfield.

El desnivel de las inteligencias no es tan grande o lo es sólo por excepción, si lo fuera por regla, resultaría una confusión general. Lo que ocurre es que los individuos son diferentes, tienen diferentes aptitudes, predisposiciones a diversos ejercicios de sus facultades y órganos. Y una sabia ciencia social debe de facilitar el libre desarrollo de esta natural diferenciación. Y ésta a su vez tendrá como resultado el progreso equivalente de

todas las artes del hombre. Y este progreso general es el campo fecundo, generador de reacciones cada vez más diferenciativas del individuo, el que a su tiempo imprime una mayor influencia sobre la sociedad, influencia que siempre es muy relativa (nunca llega a la desproporción supuesta por los individualistas de todo matiz) y que se reequilibra por el desarrollo proporcional, equivalente, de todos los individuos toda vez que la convivencia sea libre y la sociedad un resultado del beneficio común.

La ley, concediendo privilegios, destruye este progreso general de todos los individuos. La sociedad, regida sobre falsos conceptos de utilidad social, resulta el campo propicio a la aplicación cotidiana de ese falseado standard legalista : de ello resulta que ciertas profesiones sean tenidas en gran mérito, conceptuados como inteligentes sus ejecutores y retribuidos con espléndidos privilegios : por el contrario, otras profesiones, también útiles, son consideradas en menos, supuestos como inferiores sus practicantes o cotizados como tales. Tan arbitrario estado de cosas no puede menos que favorecer el desarrollo intelectual de los primeros y estancar la capacitación de los segundos. La lógica se da de coques también en la aquilatación de la utilidad social de una profesión. Examinemos un hecho específico. Sólo una sociedad enferma, por ejemplo, puede considerar que el médico reporta mayor utilidad social que el cocinero. Suponer tal cosa debería considerarse lógico en una sociedad en la que la enfermedad es el estado medio o más bien mayoritario de la población. Todas las escuelas de medicina marchan, con férrea lógica, hacia la demostración que el hombre enfermo es el resultado de una alimentación con-

traria y deficiente y que sólo por una vuelta a una dietética natural podrá recobrar la salud perdida. El drama formidable, que esta constatación revela de golpe, muestra la estupidez de la costumbre inveterada de suponer que es cosa fácil ser cocinero y difícil resultar médico. Toda la anatomía, la alimentación y la higiene se elaboraron fatigosamente en torno a la terapéutica, la que necesitó una investigación milenaria para descubrir, sin propagarlo, que la causa primera de la enfermedad consiste en la ignorancia del cocinero. La protección de la ley a una ciencia orientada hacia una estructura inversa, es la causa teórica y práctica de la ignorancia del cocinero y de la preponderancia adquirida por el médico. La ignorancia del cocinero ha desarrollado, pues, la inmensa plaga social de los médicos y de sus privilegios, privilegios que les han permitido convertirse en mayoría de la casta gobernante de todos los países.

Decididamente el orden legal convierte a la sociedad en una espantosa Babel. Se funda la ley en la más estrecha teoría individualista del progreso, pretende imponer el imperio del mejor individuo y hete aquí que le anula el desarrollo, que sólo puede caracterizarse en la libre vida de relación. So pretexto de su perfeccionamiento, ampara los privilegios de una profesión, relega en la indigencia a otra y hemos comprobado que la indigencia de ésta provoca el desarrollo hipertrófico de la anterior que, precisamente, esta profesión parasitaria rige el gobierno de los pueblos. Las iniquidades de este hecho no paran aquí.

III

Consecuencia de la famosa teoría (enunciada o no, pero siempre practicada) individualista del progreso, es la suposición del libre arbitrio, extraña doctrina, según la cual el hombre es libre de proceder a voluntad y por lo tanto responsable de sus actos. Si esta doctrina resulta arbitraria al más simple o más profundo estudio de la vida, es sencillamente criminal en manos de jueces investidos de autoridad para disponer de la vida de los individuos que proceden de diverso modo que lo prescribe por la ley. Sin embargo, la suposición del libre arbitrio ha substanciado la base de la acusación contra el individuo durante todo el desarrollo histórico de la jurisprudencia. Salvo excepcio-

nes rarísimas, el jurista y el juez han defendido siempre a capa y espada la necesidad práctica de castigar, con la pena que fuere, al delincuente, basándose en su responsabilidad. Con celo terrible, el juez ha mantenido el imperio de la bárbara sanción punitiva, contra todos los progresos que, a paso de tortuga, realizaban las ciencias estructuradas alrededor de la medicina y que tendían a demostrar las anomalías físicas y psíquicas del criminal y por ende su irresponsabilidad. Sólo después de una lucha secular ha conseguido la criminología experimental que los jueces tuvieran algunas nociones del cuerpo humano y de sus fisisiología funcional, que atenuaran un tanto las penas y que en algunos países se suprimiera la condena de muerte.

El progreso, lento en descubrimientos y pródigo en tautología y confusión general, de la medicina y afines, ha venido a demostrar, pues, que el criminal que hiere o mata es un enfermo impulsivo, cuyo estado de peligrosidad resulta de su misma enfermedad — la que destruye la potencia de los frenos, energía del amor social —, demostrando como he citado antes, que la enfermedad es producto de la mala alimentación y se concluirá que el cocinero es la causa de la criminalidad en razón misma de la ignorancia en que lo ha sometido la sociedad a instigación autoritaria de la ley.

Extraña sociedad ésta. Nacida de un orden legal que provoca siempre consecuencias contrarias a los propósitos y cuyos gobernantes ejecutivos y administrativos, médicos y abogados en su gran mayoría, han surgido al privilegio lucrando sobre plagas y errores determinados por la misma ley que pretenden seguir imponiendo para regir, y beneficiar y diferenciar a los hombres y sólo consiguen uniformidad, parcialidad, caos, miseria, violencia...

Las contradicciones de este orden legal provocan desórdenes tan fuera de lo imaginable, que casi cuesta trabajo creerlos aun después de reconocidos. Mas el despertar de los tiempos se produce ya con incontenible fatalidad, como una meta forzoso del progreso general de los conocimientos humanos. Y tal despertar no puede conducir sino a la muerte del sistema de vida que la retardó con violencia secular. La luz se hará, y no para alumbrar sepulcros.

F. FALASCHI

TRES PARÁBOLAS

LA EFIMERA

por E. RELGIS

III

En vísperas del Pentecostés, de la informe larva en que fermentó la savia de la vida, como brasa que perdura bajo las cenizas; de la profunda quietud de los estancos, en las últimas horas del día, surge finalmente, saeteando a través del aire, la efimera...

Menuda, afilada, con dos pares de alas blancas, centelleantes, parece una joya palpitante, perfecta en su finura, inaccesible a nuestras manos toscas. Es sólo movimiento y luz. En sus rápidas trayectorias, parece un hilo flexible de acero; se alza en espirales, baja y sube en millares de vueltas, fascinando y cansando el ojo del observador atento.

Y las minúsculas ninfas aladas surgen, innumerables, del espejo nacarado de las aguas verdosas, se elevan en grandes enjambres, cada vez más grandes, y juegan en las sombras ligeras que descienden de los ilimitados reinos celestes. Es una agitación febril, el ávido abalanzarse del ser desencadenado apenas algunos instantes del molde de su prolongada gestación. Torbellino de polvo plateado, nubecillas de plumón desprendido de las alturas... Las efimeras se tejen y se destraman luego como una finísima y transparente tala de seda; se amontonan como copos de nieve y se desparraman nuevamente, puñados de papелitos arrojados por manos invisibles. Juegan y bailan sin cesar, en rondas frenéticas, subiendo más y más, para captar en sus alas algo de las refulgencias del sol que se pone allá, más allá del horizonte.

A veces, algunas se alejan de su enjambre, se precipitan como rayos y desaparecen en el cañaval. Y en aquellos momentos se cumple el acto supremo, la única misión de su vida, la primera y postrera justificación de su existencia entre tantas otras existencias: ponen sus huevos, puntos imperceptibles en los cuales se ha concentrado su ciega pero irrefrenable voluntad de vivir, transmitiéndola a otra generación. Se han perpetuado. Su especie se ha prolongado en el tiempo, mediante el inefable misterio de la creación, siempre el mismo, en su esencia, desde los infusorios de los mares hasta los gigantes de las selvas vírgenes.

Y una vez más suben las efimeras hacia su multitud aérea, que aumenta, más densa, y luego se deshila para reunirse de nuevo en el frenesí de la danza. Y el oído percibe en aquel chispeante aleteo el zumbido melodioso de la dicha, de la salvaje alegría de vivir, pero también la triste melopea del fin inevitable. El atardecer desciende, más pesado, más enlutado — y los fantasmales seres alados lucen todavía, pálidos, más pálidos — y la vida corre con sus instantes, se escurre con sus frágiles formas y apariencias...

De repente, una efimera se apartó del entrevero. Llamar la fuerza que las sostuvo durante algunas horas en los aires? — ¿No tienen alma, las efimeras también, si pueden gozar de la luz, si anhelan hacia el sol? No importa cuánto tiempo viven. Ahora mueren, a millares, apenas nacidas. Lluven las efimeras sobre el lago inmóvil, lo cubren con el sudario urdido por sus alas fijas y desteñidas. Pero cada una de ellas dejó en algún escondrijo al testimonio de su paso por este mundo. Vendrán sus descendientes...

...Ya es la noche. La primera estrella surgió desde el infinito, como una efimera dorada. Vibra todavía en el aire la agonía de las últimas efimeras terrestres. El silencio susurra las letanías de su aventura tan pasajera.

— ¿Y el hombre? Desde los mismos secretos insondables de la vida aparece este ser pensante. Y tan pronto que puede mantenerse de pie, comienza, él también, el juego. El mismo juego: el de la pequeña mariposa fascinada por una llama... Rapidamente sube los escalones floridos de la infancia; salta desde el trampolín de la juventud hacia sus deseos y ensueños, que raras veces convierte en cosas y hechos; se agarra afanosamente a los picos, en las montañas, escasamente cubiertos de hierbas y musgo, durante los años decisivos de su madurez; y, si logra abarcar, desde las cimas de sus ideales, los grandiosos panoramas del mundo, desciende luego, despacio, con pena o calma, amargado o resignado, la pendiente de la vejez, sostenido por el espectral desfile de los recuerdos o por los murmullos de la sabiduría. Y, finalmente, se hunde en el «más allá», en el caos de la eternidad, donde todo vuelve a empezar...

Es el cuento de siempre. Ya sabe que detrás suyo, sobre la tierra, permanecen los herederos, plasmados por su instinto de conservación — ¿ciego, desesperado o lúcido? — y las obras forjadas por mentes atrevidas, por almas exaltadas.

¿Qué es la existencia? — Un puente dorado, suspendido en la nada, un pasadizo adornado con las oriflamas de las ilusiones, pero cubierto de piedras puntiagudas, a menudo cortantes, y regado con las lágrimas del dolor. Un pasadizo... Un puente que enlaza las dos riberas de la eternidad: el nacimiento y la muerte. Y la humanidad atraviesa el puente, empujada, azotada por el látigo despiadado del Destino.

¿Qué es la vida del hombre? — Un relámpago que, por un instante, traspasa y parte las tinieblas: sólo para mostrarle cuán insondables e invencibles son ellas.

¡Oh, la efimera!... ¡El hombre efimero!...

LO MALO EN LA ENSEÑANZA

La tradición autoritaria



LA Autoridad es la antítesis de la Libertad; esta simboliza lo humanitario y aquella lo inhumano; una mezcla de barbarie, de salvajismo y ferocidad sin límites que la lleva a cometer las acciones más viles, crueles y condenables. Por sus hechos la conocemos. Su credo es la violencia, el latrocinio y el crimen; su afán retrasar, en todos los terrenos, los avances de la Libertad. El triunfo de ésta, que es tolerancia y amor recíproco, significaría la destrucción de los autoritarismos. Y a esto se niega la Autoridad monstruo para el que no encontramos adjetivo apropiado. Consecuente con los principios de la Tradición, que la engendró, ataca, fiera, todo lo que es innovador y sano. Es, pues, negación del progreso y de la vida de la razón de ser humanos. Sin embargo la mayoría de los hombres la idolatran y le rinden vasallaje, y otros la obedecen por costumbre y porque la temen. Conocen su historia y saben que, en defensa de su existencia, atropella, tortura y mata desatando sus instintos más brutales y sanguinarios que los de las fieras selváticas más carnívoras. Pocos son, pues, los que protestan y menos que se atreven a rebelarse cuando el insensible e irracional animal autoritario grita: «¡Niños y hombres: exijo que me sirváis mejor que a las mujeres que os dieron a luz; continuad ofrendándome, todos, absolutamente todos, vuestros esfuerzos, vuestros bienes y vuestras propias vidas cuando pida que las sacrificéis para alargar mi existencia tiránica y aumentar mi poder!» Y éste, por desgracia, le ha crecido, desmesuradamente, al poseer la energía atómica. Pero cegada por la soberbia que le ha dado el dominio de esa enorme potencia no ve que un «trasplé» en el campo internacional puede hacerla caer en la guerra nuclear y perecer con sus gobernados.

La Autoridad, que es fuerza, imposición, por única razón, daña cuanto toca. Milenaria tradición autoritaria la ha divinizado, y es lo malo en la enseñanza y en todas las actividades humanas. Es tan perversa y maligna que obliga a los maestros inculquen a los seres humanos, desde la más tierna edad, sentimientos monstruosos e ideas inmorales e insanas: que siempre obedezcan a la Autoridad, y particularmente cuando les ordene que la defiendan más que a sus mismas madres. ¡Pasando por encima de ellas si se oponen! Y al grito macabro de «¡guerra!» la Autoridad los arrastra al matadero universal sin que madres, padres ni hijos se nieguen a obedecerla. A todos los impregnó de sentimientos ruines y serviles, a todos los educó (?) para que sean carne de explotación y de sacrificio. ¡Cómo maldecimos y combatimos a la Autoridad por inhumana!

Ved a la Autoridad actuar en su acto cumbre: fríamente, sin conmoverse lo más mínimo, sacrifica a quien nada gana en la guerra y si lo pierde todo: hasta la

vida de desheredado, de hijo que «abandonó» a su verdadera madre para matar a hijos de otras madres que ni siquiera conoce. Y en el torbellino guerrero todos matan por matar, por miedo a morir o en nombre de falsos ideales. Los sobrevivientes a la casualidad deben no sufrir la suerte del caído para siempre. ¡Nada le importe a la Autoridad que la madre, al perder a su amado vástago, quede rodeada por la mayor miseria, sufra la más terrible de las soledades, sea presa de desesperación indescriptible y que, ahogada en lágrimas, vencida por el dolor, deje de existir también! ¡No cabe mayor monstruosidad! En presencia de tanta barbarie, de tanta injusticia, de tanta inhumanidad perpetrada por la Autoridad no es posible encontrar palabras que expresen la emoción, la indignación y la intensidad de la rebelión del Hombre humanizado.

Maestros que continuáis al servicio de la Autoridad: no pretendemos haceros responsables absolutos de su obra liberticida y de degeneración física, moral e intelectual de los seres humanos. Ansiamos, fervientemente, que nos comprendáis: lejos, muy lejos de nosotros la idea de zaheriros, de acrecentar el pesar de cuantos tenemos — o no — conciencia de los tremendos males que la Autoridad provoca en el terreno pedagógico-social. Es

Creer y

SE habla mucho ahora de la crisis de valores morales en la sociedad y en el hombre. Algo hay de cierto. Unos lo atribuyen a la afluencia de tecnocracia y maquinismo que caracteriza al siglo XX; otros a la apatía de las muchedumbres cansadas de tanta monserga doctrinaria y moralista. Las sectas religiosas han hecho su agosto, a través de los siglos, mortificando a la humanidad con sus catecismos, sus dogmas y su moral hecha de hipocresía; después vinieron los profetas de la religión marxista imbuidos de la misma idea rectora. Los pueblos eran rebaños o mesnadas que había que «moralizar», adentrar, «socializar» para que cumplieran los designios de las oligarquías dominantes. Más de quince siglos de catecismo y de «consignismo» han creado en el hombre una especie de indiferencia agria a todo cuanto pueda oler a retórica de doctrina o de moral. Era lógico. No sólo porque aburre tanta pedantería dirigista, sino porque, además, quienes manejan los «buenos principios» son los primeros en pisotearlos.

Uno de los varios efectos de este fenómeno es el desprecio actual del público por la literatura de ideas y la indiferencia por los principios de la Ética. Ocurre como

innegable; si, que ésta os utiliza para mantener y alimentar el autoritarismo; pero no es menos cierto que sois, asimismo, sus víctimas. Siglos, largos siglos de educación (?) autoritaria, de obediencia impuesta, han formado los hábitos de la subordinación que vosotros transmitis a los educandos. Milenios de forzadas prácticas autoritarias han castrado las facultades mentales y atrofiado la sensibilidad, el espíritu de independencia y de rebeldía del mayor número de nuestros semejantes. La Tiranía, representada en unas épocas por unos gobernantes y en otras, por otros déspotas, ha creado la tradición autoritaria religiosa y política. Esta es la cosa abominable que hemos de extirpar de los cerebros y de los corazones de los niños, de los jóvenes y de los adultos, porque hace creer, a un número fabuloso de analfabetos y de intelectuales, que la Autoridad es factor del progreso, una entidad necesaria al buen desenvolvimiento de las sociedades humanas. ¡Falsedad superlativa!

A la vista está la labor antipedagógica y antisocial que realiza la Autoridad : deshumanizar al Hombre. En la « Era Atómica » queda al descubierto. Y los maestros, en lo sucesivo, ya no podrán alegar ignorancia sobre qué representa la Autoridad : ignominia, explotación despiadada de la clase trabajadora en su provecho casi exclusivo, miseria, decadencia y muerte del género humano. Por consiguiente, persistir sirviéndola es tanto como declararse sus cómplices, participar en sus tremendas responsabilidades de modo directo e inexcusable. ¡Urge el examen de conciencia y de conducta! Sonó la hora de dejar de ser servidores de la Autoridad. Os obliga la más elemental dignidad humana. Ved cómo, maestros y maestras, pese a todas las apariencias y al « homenaje » de el « Día del Maestro » que os dedica, anualmente, os trata como domésticos insignificantes. Esta es la verdad : a poco más que a pan y agua os tiene reducidos a cambio de vuestros servicios que tan preciosos e imprescindibles son. Pero aunque os diera mejor y más abundante

pitancia sería indigno vender la conciencia y la independencia mental.

Creedlo, maestros : nos subleva que la Autoridad haga de vosotros falsos mentores de los educandos y de sus familiares. Misión inaudita es la que os encarga : ser sus guías « espirituales », los encargados de dirigir al rebaño humano por los senderos del servilismo para perpetuar la esclavitud. Esto lo lograréis imponiendo la tradición autoritaria que imposibilita la formación de la voluntad y el carácter individual. Innoble y vil es la Autoridad que desprecia vuestra falta de hombría que ella misma no deja desarrollar. ¿No comprendéis lo despreciable de su comportamiento cuando alargáis la mano mendigando unas monedas más y os humilla forzándoos a vegetar miserablemente, y a exhibir las miserias que padecéis por vuestros mismos alumnos? Por unas migajas obtiene el sacrificio de vuestra personalidad, y las de los individuos humanos que educáis (?), y sin embargo no le merecéis el más mínimo respeto. Al escribir estas últimas palabras un sentimiento de vergüenza y de súbita indignación invade nuestro ser ansiado que unáis vuestras fuerzas a las nuestras para que, juntos, terminemos, pronto, con sátrapa tan desagradecido, brutal e indecente.

Comprended, maestros, que la que adormeció en unos; anquilosó, en otros y mutiló en la mayoría lo más valioso de vuestro ser : la libertad de pensar por cuenta propia, de conciencia y de crear no merece que le continuéis prodigando « respeto », colaboración y sostén. ¡Y menos que por ella os envilezcáis! ¡Sed hombres dignos! Seamos ¡todos! algo que es suficiente para acabar con la Autoridad : ¡Hombres! Ninguna razón, lógica, ni ciencia puede abogar por la Autoridad que toma al ser humano como simple animal a domesticar para dominarlo, explotarlo y sacrificarlo cuando le parezca en cualquier guerra. Por eso pedimos a los maestros que dejen de ser « instructores » preparados para la labor de domesticación de criaturas humanas; que nieguen a continuar siendo aplicadores de las técnicas pedagógicas que mantienen la funesta tradición autoritaria que, en fin : rechacen, denodadamente, ¡de una vez para siempre!, ser sirvientes de la Autoridad.

No lo ocultamos : somos anarquistas; pero nos dirigimos a los maestros y a todos los miembros de nuestra especie como humanos simplemente. ¡Hablamos como pertenecientes a la gran comunidad humana universal a la que nos sentimos, más que nunca, en la hora actual, vinculados para bien y para mal! Y a todos, como hermanos de especie, sin importar la raza, el color de la piel, ni el idioma les decimos de todo corazón, ansiando el bien común : Unámonos y luchemos hasta hacer triunfar la supremacía del Hombre sobre la Autoridad. Esta sólo puede vivir haciendo mal. Vedla continuar defendiendo la tradición autoritaria con la que despoja al Hombre de sus más preciados atributos sin los que no podrá ocupar el lugar sobresaliente, el primero, que le corresponde en la escala zoológica : de animal racional humanizado, inteligente, sociable y solidario; de ser humano superior, realmente, a los individuos de las demás especies animales.

Mientras viva la Autoridad los problemas culturales, sociales y económicos no podrán solucionarse de modo conveniente para los individuos y los pueblos de todo el mundo, y la guerra atómica continuará amenazándonos.

FLOREAL OCAÑA

C. LIZCANO

Ayuntamiento de Madrid

y crear

on los chubascos impetuosos del verano; deshoja y pudre las mejores clavellinas. Hoy las obras de enjundia sociológica o de sana moral social apenas hallan público que las estime. Sin embargo novelas vacuas, sosas, intrascendentes (aunque bien construidas) se venden por millares haciendo ricos y célebres a sus autores. La Sagan en Francia, Goytoso en España, Hemingway en América y Eremburg en Rusia, son ejemplos bien patentes.

Por lo que nos concierne nada mejor que constatar hechos y fenómenos y sacar el mejor fruto de ellos en la medida que nos permitan los propios y limpios medios. En realidad la Ética libertaria es la más ajena a esa caótica situación moral y social en que se debate la sociedad de nuestro tiempo. Limpia de polvo y paja se presenta hoy ante la conciencia del hombre como la mejor promesa para el futuro. Sin profetas, líderes, ni «poseídos», les dice, en su mensaje, a los hombres de toda condición: CREAD EN VOSOTROS MISMOS Y CREAD TODOS LOS DIAS. Bajo esta premisa insigne vivieron los Kropotkin, los Reclus, los Mella, y en general cuantos novios de la idea hubo, hay y habrá en cualquier lugar del mundo

LA MEDICINA Y LA MISERIA

por E. Z. de ARANA

LA HIGIENE SOCIAL (1)



Es la medicina una ciencia exacta basada solamente en principios, consecuencias y hechos rigurosamente demostrables; ciencia puramente experimental, tiene por base la observación y experimentación clínicas, y no siempre los hechos, la práctica, su lado verdaderamente positivo, la terapéutica, corresponde a las teorías formadas por las propiedades físico-químicas de los agentes modificadores, por más que se funden en su acción fisiológica, ensayada primero en animales y después en el hombre mismo, como siempre se ha hecho y se seguirá haciendo. Únicamente una de sus ramas, la cirugía, que es hoy un arte admirable, en las manos del cirujano científico, verdadero artista, merece el nombre de exacta; pero, a pesar de las lagunas y deficiencias que se notan en la medicina, no pueden desconocerse los adelantos que ha realizado en sus últimos tiempos, en lo que llevamos de siglo y principalmente en los últimos años. Los agentes terapéuticos son hoy considerables y poderosos; se han descubierto y aíslan en criaderos especiales los gérmenes de muchas enfermedades infecciosas, y la microbiología, el estudio de los microorganismos, de la vida orgánica en su más pequeña expresión, de lo infinitamente pequeño, parece echar hoy nuevas bases a la higiene profiláctica y terapéutica, inaugurando una nueva fase evolutiva que desterrará por completo el empirismo y marcará otros rumbos a la ciencia.

Pero, con todos estos progresos, la medicina es poco menos que inútil para la inmensa mayoría de la humanidad, para los proletarios, para los desposeídos y oprimidos, que aun cuando todo lo producen de todo carecen: de alimentos, de vestidos, de aire puro y hasta del descanso necesario, y que, como lo he dicho en varias ocasiones, habitan en inmundas pocilgas, semilleros de las más repugnantes y mortíferas enfermedades, al lado de las cuales los pesebres y establos del ganado de los poderosos, de los señores, son verdaderos palacios. Para estos desdichados, víctimas del régimen ex-

clusivista en que vivimos, la medicina es una mentira —como mentiras son todas las promesas del progreso científico para mejorar la condición social del hombre mientras subsista tan corrompido sistema—, es una farsa, o mejor dicho, una burla sangrienta arrojada a la faz de los menesterosos, como lo sería el poner al alcance de los labios de un hambriento o sediento, maniatado y amordazado, el alimento necesario para restaurar sus fuerzas y el agua suficiente para refrigerar sus fauces y calmar su sed.

La medicina es hoy un artículo de lujo, sobrado caro para el que no posee lo suficiente para su sustento. Y por otra parte, mientras no desaparezcan los males sociales ligeramente señalados, mientras no se extingan las causas generatrices de la miseria con todos sus horrores y deletéreos miasmas, de nada sirve que, a expensas del hambre, escatimando los alimentos de algún miembro de su familia, privándose de lo más preciso, pueda el proletario, para quien no existen la higiene profiláctica ni la terapéutica, comprar o adquirir los auxilios de la ciencia: mientras subsistan las causas subsistirán los efectos. No es higiene privada o individual, al alcance sólo de los poseedores, lo que se necesita, sino higiene pública y social.

Ni la ciencia ni la clase médica son responsables de estos males y deficiencias; la sociedad actual que ha dividido la familia en castas, que ha hecho los ricos y los pobres, los grandes y los pequeños, los poderosos y los humildes, es la única culpable.

La ciencia hace lo posible por conjurar o atenuar esos males cada día más alarmantes, más graves: males incurables, fuera de sus recursos, porque no puede atacarlos en su origen suprimiendo las causas que los producen; males que no son más que sintomáticos de otro mal mayor, el egoísmo individualista y autoritario en que vivimos, fuente de todos los males, gangrena del organismo social, que hay que extirpar con mano firme y vigorosa, sin temor ni vacilación alguna, pero que no será extirpada por las manos de la ciencia, sobrado tímida para ello, sino por las manos de los desheredados, de los que sufren, de los que tienen hambre y sed de libertad y de justicia, si se quiere que la humanidad se desarrolle libremente, en su estado natural y bajo la égida de la ciencia sin trabas, libre de preocupaciones, exenta de fatigas

(1) Ved CENIT n° 99.

y de privaciones, sana y robusta, tranquila y dichosa: entonces la ciencia será libre también, tomará nuevos vuelos y cicatrizará en breve las heridas que haya producido la gran amputación.

La clase médica, como las demás clases sociales, saca todo el provecho posible de su situación, y a fuer de privilegiada hace uso de sus prerrogativas para explotar, porque en las circunstancias actuales de la sociedad no hay más que explotadores y explotados, y la vida que es una lucha continua, una batalla librada entre el capital y el trabajo, en la cual triunfa siempre el primero y sucumbe el segundo, es difícil, casi imposible, para los explotados y fácil o poco costosa para los explotadores. Todo el que puede, pues, explotar, explota, porque entre el papel de víctima o verdugo la elección no es dudosa.

Este natural deseo de hacer la vida más fácil o llevadera, de vivir a expensas de los demás, hace que muchas de las familias pudientes, ante el temor de no poder dejarles el capital necesario para evitar el tener que someterse a las humillantes condiciones del trabajo material, hagan cursar a sus hijos las profesiones llamadas liberales, entre ellas la medicina, para que adquieran un título, especie de capital de reserva para las contingencias de la vida. Adquirido el título, el derecho de figurar entre las clases privilegiadas, no es natural que se pierda el tiempo en aliviar al menesteroso, porque la filantropía nada produce; ante todo hay que amortizar el capital invertido en los estudios y luego sacar todo el provecho posible de ellos para vivir con holgura y reservar algo para el porvenir.

Hay que ser lógicos; el médico vende su arte como una mercancía cualquiera; está en su derecho, porque para ello está autorizado y la organización social así lo permite y exige, y el enfermo que necesita de sus servicios, los compra o se queda sin ellos si no puede pagarlos; tiene el derecho de aceptarlos o de rechazarlos, ni más ni menos que si se tratase de un artículo cualquiera. ¿Qué derecho tiene el menesteroso de adquirir lo que no está a sus alcances? ¿Cómo se puede obligar a dar gratis lo que se puede vender?

El ejercicio de la medicina está hoy, como todo, mercantilizado, y la ciencia, la verdadera ciencia, eclipsada por el charlatanismo, oculta su dolor y su vergüenza.

Dadas las condiciones sociales en que vivimos, es natural que se retribuyan los servicios profesionales, porque los médicos tienen necesidad de vivir, pero es que, la mayoría de ellos, no se conforman con eso y explotan de la manera más audaz y descarada, para enriquecerse a expensas de la ciencia bastardeándola y prostituyéndola: ya estableciendo aparatosos consultorios, anunciados a son de bombo y platillos, que tienen la virtud de atraer y de admirar los imbéciles, especie de santuarios de la ciencia donde no pueden penetrar los humildes y en los cuales llueven las ofrendas de los ricos; ya sacando patentes de invención por pretendidos específicos que todo lo curan y se venden a peso de oro, o bien formando ligas, comanditas o sindicatos que, como sus congéneres los comerciantes, aseguran fuertes dividendos a los socios en detri-

mento muchas veces de la salud pública, de la cual se hace caso omiso en obsequio de la **salud individual** de los comanditarios.

Esto por lo que respecta a la vulgaridad médica, diremos, y a los charlatanes patentados; en cuanto a los llamados príncipes de la ciencia, a las lumbreras de la medicina, no ridiculizan la ciencia, es verdad, antes por el contrario la hacen progresar, no fingen lo que no saben, no son charlatanes ni farsantes, y pasan su vida dedicados al estudio, en laboriosas investigaciones de las cuales surgen algunos descubrimientos que serían más provechosos para la humanidad si no fueran tan interesados; pero también el mal del siglo, el mercantilismo, les ha contagiado y, puede decirse, monopolizan su saber, ocultan, como el avaro sus tesoros, los secretos de sus laboratorios, venden el resultado de sus experimentos, y así no hay descubrimiento algo útil para la humanidad que no sea una fuente de riqueza para su descubridor.

Bien considerado, el oficio del médico, que debería ser el más noble de todos, el más humanitario, es en cambio ejercido como se ejerce, por dinero, el más vergonzoso y degradante de todos para el que lo desempeña, porque no puede haber —en mi opinión, y creo que también en la opinión de todos los que tengan la facultad de razonar y abriguen sentimientos humanitarios— nada más repugnante ni vergonzoso que el tener que vivir a expensas de las lágrimas y miserias humanas, de las desdichas de la humanidad: Vivir explotando la desgracia, alimentarse con los dolores de sus semejantes, escuchar con impasibilidad los ayes de los enfermos y venderles sus conocimientos científicos por algunas monedas que representan siempre numerosas fatigas y privaciones —en las manos de los proletarios su sudor, su sangre, la carestía quizá de una semana en cambio de una sola visita, y en las manos de los ricos, la inicua explotación del trabajo ajeno con el cual han formado sus capitales—: cerrar los oídos y los ojos para no escuchar las lamentaciones ni ver la desnudez de la miseria, tal es el triste y desdoloroso oficio del médico que quiere medrar, o, por lo menos, disfrutar de cierta holgura. Y en verdad que se necesita, como vulgarmente se dice, tener las entrañas empedernidas, para desempeñar tan odioso papel.

No faltan dentro de la clase médica algunos seres compasivos y generosos, cuyos sentimientos humanitarios se sublevarían al tener que explotar las desdichas del prójimo, y cuando no renuncian a su oficio, cuando no abandonan su carrera, acobardados ante la magnitud de tanta desdicha irremediable, horrorizados de tanta miseria fuera del alcance de la ciencia, se ingenían buscando otro modo de vivir, vegetan miserablemente y viven oscuros e ignorados, porque no da honra ni provecho alguno la asistencia de los desvalidos. ¿Quién puede tener en cuenta su curación por importante que haya sido? ¿Ni quién investiga o hace caso de esos ignorados triunfos de la ciencia? Eso se queda para un señor, para un capitalista, cuya menor indisposición y mejoría relata y comenta su prensa asalariada, echando a todos los vientos las trompetas de la fama para el feliz **galeno** en cuyas

manos haya caído, quien desde ese momento tiene asegurada su reputación y por consiguiente su fortuna. Estos médicos verdaderamente humanos, incapaces de abrirse camino entre las clases acomodadas que buscan sus iguales, la farsa y el boato, y por consiguiente de medrar, porque son modestos, sencillos, porque les falta la audacia que en la sociedad actual substituye al mérito y asegura el triunfo, forman el proletariado del gremio, que no es más que una variedad del proletariado intelectual existente en todos los ramos del saber humano, tanto en las ciencias como en las letras y en las artes llamadas liberales o bellas.

Para ser un buen médico, para adquirir fama, a veces y sobre todo basta ser aceptado por la gente de alto rango, y para ser por ella admitido y considerado, es necesario colocarse en iguales condiciones de vida, seguir sus huellas, emplear sus mismas armas, imitarla en todo; es menester ser rico o por lo menos aparentarlo, tratándola de igual a igual, vendiendo muy caros sus servicios, mirando con desdén a los que se clasifican como inferiores, y ser audaz, mintiendo a todo trapo y explotando sin rubor ni consideración alguna: siguiendo esta táctica puede estar seguro de la protección de los poderosos, o sea de su reputación y fortuna.

Comprendiéndolo así, todo el que aspira a gozar de cierta fama y consideración social desdeña, y con razón, la asistencia de los que poco o nada puede darle, y el pobre es abandonado, y si se le hace una visita por el buen decir, porque no se pudo excusar de hacerla, porque por un resto de vergüenza falta el valor para decir la verdad no se le hace la segunda, aconsejándole que recurra a la beneficencia pública, que a menudo no es más que una farsa o que no puede atender a todos, o bien se le envía al hospital donde no se recibe sino en casos extremos: no faltan medios para desembarazarse de tan inútil carga. Se pierde el tiempo lastimosamente, sin provecho alguno, porque la reputación del médico nada gana con la curación de un proletario por notable y difícil que haya sido el caso.

En cambio, al rico se le prodigan toda clase de cuidados, muchas veces excesivos, que a tal grado llega el celo de la mayoría de los médicos por su reputación. Si se trata de un caso leve, las atenciones y desvelos del médico son admirables, dignos del mayor encomio, como enfáticamente se dice en el lenguaje periodístico; se multiplican las visitas, llueven las recetas, se consulta sin necesidad para darle mayor importancia; la enfermedad se prolonga muchas veces indefinidamente, o por lo menos más tiempo del necesario, pero con todo el enfermo sana; no falta luego entre las plumas asalariadas de la gran prensa burguesa quien pregone el caso describiéndolo minuciosamente, como saben hacerlo cuando se les paga, con pelos y señales, elevando a los cuernos de la Luna la fama de los aventajados discípulos de Hipócrates o Galeno que, a fuerza de constancia y de ciencia, logran salvar la preciosa vida del respetabilísimo señor H. ¡Así el bolsillo queda después satisfecho y el nombre del médico adquiere una fama colosal! Si el caso es

grave, no son menos los cuidados que se le prodigan, y en verdad que se afanan por curarle, porque está en su interés; pero si se muere, como con frecuencia sucede, no importa, la reputación del médico no sufre lo más mínimo; se cuentan los triunfos, pero no se cuentan las derrotas: de cualquier modo, la prensa elogia sus esfuerzos y el resultado es poco más o menos el mismo.

¡Alegraos, proletarios, vosotros estáis libres de esa explotación! ¡Bello consuelo! ¡La medicina os deja morir pero no os explota!

Esta es la lógica de los hechos, por más que repugne a nuestros sentimientos humanitarios y en manera alguna puede culparse a la ciencia ni a la clase médica, sino a las instituciones sociales que nos rigen, consecuencia natural de este individualismo autoritario: cada cual para sí, y caiga el que caiga.

La mayor parte de las enfermedades que afligen a la humanidad, con excepción de las accidentales o casuales y las que se producen por desgaste del organismo, he dicho ya que son producidas por nuestra corrompida organización social y que atacan de preferencia al proletario porque es el que más directamente está sometido a sus perniciosas influencias; sólo por excepción, por una rareza, suelen atacar a las clases superiores, porque ellas disponen de medios de defensa para prevenirlas, medios que no están al alcance de los necesitados.

Pero, al lado de estas enfermedades, hay otras no menos mortíferas engendradas por la miseria, producto también de este podrido régimen, y que son, puede decirse, el único privilegio de las clases desheredadas, enfermedades que constituyen por sí solas la mayor condenación de las prerrogativas existentes, que avergüenzan al linaje humano, y contra las cuales la medicina es impotente porque ella no puede cambiar las condiciones de vida del proletario, dándole habitaciones confortables, espaciales y bien ventiladas, en vez del tugurio asqueroso en que viven; proporcionándole las ropas necesarias para su abrigo; ahorrándole toda fatiga, disminuyendo sus horas de trabajo y haciéndole descansar lo suficiente, y facilitándole, por fin, alimentos abundantes, sanos y nutritivos.

No hay más que penetrar en la habitación del obrero para convencerse de esto: una especie de cueva llamada pieza, muchas veces sin más abertura que la puerta, de 80 a 100 metros cúbicos de volumen, en cuyo reducido espacio, que sirve para todo; donde se come, cuando hay; que se duerme, se guisa y, en fin, donde todo se hace, sucia e infecta por esto mismo, por falta de ventilación y de limpieza, porque falta el tiempo y los medios para airearla y limpiarla, donde bulle y se agita como en una conejera, toda la prole; su ajuar, cuando hay alguno, se reduce a lo más indispensable para no comer y dormir en el sucio y duro suelo, lo que no siempre se evita, cuando sobreviene algún paro forzado o una enfermedad algo prolongada; algunos trastos viejos poco menos que inservibles —que quizá pertenecieron a otro más miserable todavía y fueron adquiridos a vil precio por algún ropavejero y comprados después por el triple de su costo, pero que con todo, cuestan mu-

cho menos que los nuevos y representan una economía no despreciable para el que de todo carece o escasea—; a menudo consiste todo el menaje en un mezuquino lecho donde duermen todos mezclados, padres e hijos, grandes y chicos, en horrible confusión; algo, por último, que más se asemeja a una perrera que a habitación humana: tal es la morada del que todo lo produce y que todo lo poseería si él quisiera, si tuviera conciencia de sus derechos y de su fuerza.

¡Decidme ahora si es posible que la salud pueda albergarse en semejante sitio!

Agregad a estas causas más que suficientes de enfermedad, que bastan por sí solas para destruir el organismo más resistente, agregad a esta falta de higiene, las fatigas sin número y las privaciones sin cuento de la clase obrera; la alimentación escasa y poco reparadora; la fatiga muscular por el exceso de trabajo y la falta de descanso necesario; la miseria fisiológica que es su natural consecuencia, y decidme, vuelvo a preguntaros, si es posible vivir sanos en semejantes condiciones y medios de vida.

Y este cuadro horripilante de dolor y de miseria que he trazado con débiles tintas —porque no las hay bastante fuertes para pintar la realidad, distando mucho la copia del original— que con el llanto en los ojos y valiéndome de una metáfora usual entre los espiritualistas, con el duelo en el corazón, rebosando de indignación ante estas injusticias sociales, he contemplado muchas veces hasta huir horrorizado de semejantes espectáculos, no es más que el estado normal de la familia obrera, su fase diremos buena, cuando goza de relativa salud, según ella lo entiende, esto es, cuando no está alguno de sus miembros completamente postrado, gravemente enfermo, porque cuando lo está poco, cuando su enfermedad no lo postra, debe pasarla en pie, trabajando hasta reventar, como el caballo que cae bajo el látigo o la espuela del caballero para no levantarse más.

¡Cuántos entre los que me leen se encontrarán en estas condiciones! ¡Cuántos habrá que hayan sufrido lo que acabo de decir y que aun sufren! ¡Ellos podrán decir si exagero! ¡Vamos, responded, proletarios! ¿Qué decis?

Dondequiera que se dirija la vista en la clase proletaria, sólo se ven necesidades en toda su repugnante desnudez. ¡Cuánta miseria, cuánto dolor!

El hombre rebajado a la condición del bruto, forzado a trabajar más de lo que sus fuerzas le permiten por la dura ley de la necesidad, para no morir de hambre, hasta caer rendido de cansancio, aplastado por el trabajo o por él inutilizado, en cuyo último caso su única esperanza es el descanso eterno, la muerte; privado de todo, hasta de las íntimas afecciones del hogar que para él no existen, porque no puede haber cariño ni felicidad posible donde se cierne la miseria; satisfaciendo ínsimamente sus necesidades fisiológicas, hasta los placeres del amor, que sólo a medias puede llenar, le están casi vedados, porque sus naturales consecuencias, los hijos, constituyen para él una carga muy pesada, y mira con horror la procreación, la más imperiosa e ineludible de las leyes de

la naturaleza, porque ella viene a aumentar su miseria, aun a pesar de ciertas subvenciones.

Mirad esos hombres sepultados en las entrañas de la tierra a la cual arrancan sus productos, que la ambición insaciable de sus opresores convierte en valiosos tesoros, productos que la industria, alimentada por otros trabajadores como aquellos esclavos, transforma, con perjuicio suyo, en fuentes de bienestar —desde el punto de vista del progreso científico e industrial inútil para ellos, cuando no aumenta su opresión al fomentar la riqueza de los capitalistas—, en soberbios monumentos, en artefactos portentosos, en máquinas admirables, que anorran el trabajo manual y arruinan al obrero, y en otros productos que constituyen el orgullo de nuestra famosa civilización que aniquila y destruye al obrero, que sume en la miseria a los que trabajan, a los que producen, cuando no los mata, para aumentar el bienestar y la riqueza de los explotadores.

Mirad esos hombres, repito, sin aire, sin sol, primeros elementos de la vida; fatigados, sudorosos y hamorrientos; aspirando continuamente emanaciones melfíticas; envenenados por el ácido carbónico y expuestos a cada instante a perecer, a quedar para siempre sepultados, por el grisú y los derrumbamientos que la sórdida avaricia de sus explotadores no quiso prever, porque para ellos vale más un puñado de oro que la vida de los miserables explotados a cuyas expensas enriquecen, explosiones y derrumbamientos que casi diariamente se producen y que la prensa burguesa relata con la mayor parsimonia, por lo que a los obreros respecta, dando apenas cuenta —y eso no siempre— del número de víctimas, cuyos nombres no cita porque nada significan, pero haciendo constar minuciosamente las pérdidas materiales sufridas, porque ellas significan una sensible disminución del capital de los propietarios o accionistas!

Contemplad esos otros ennegrecidos por el humo del taller, de piel curtida por el sol y el calor sofocante de los hornos fabriles, todos ellos macilentos y escuálidos, llevando impreso en su semblante el sello de sus sufrimientos, algo menores que los de aquéllos, pero con todo considerables, excesivos para su resistencia física, expuestos siempre también a la miseria cuando no a la muerte.

Observad esas mujeres desempeñando funciones extrañas a su sexo, siempre trabajando también más de lo que sus escasas fuerzas les permiten, mal vestidas, y peor alimentadas; linfáticas, cloróticas, corroidas por la leucorrea, que es uno de los signos característicos de la pobreza fisiológica: con su sangre exhausta de glóbulos rojos, casi convertida en suero; con su aparato genital poco menos que inservible, destruido; cuyos senos flácidos y enjutos, incapaces de nutrir a un pajarillo, se esfuerzan en vano en exprimir los raquíticos productos de sus matrices relajadas y exangües...

Ved esos niños enclenques y raquíticos, víctimas de la miseria de sus progenitores, alimentados con sustancias que no pueden asimilar, inadecuadas para sus débiles órganos digestivos, y que, cuando no sucumben en la primera infancia de atrepsia, por falta de nutrición, de hambre, para hablar con

Que es el fascismo



En los países de Europa y de América donde todavía existen regímenes políticos y estatales sobre bases democráticas y liberales —no importa si empeoradas por las directivas reaccionarias del Gobierno y siempre insoportable, para el proletariado, como instrumento de la clase capitalista— hay la tendencia a confundir con el fascismo todo fenómeno de regresión, de persecución política y de prepotencia liberticida y antiproletaria de los Gobiernos y de las castas dominantes.

Y es un error. El error se explica muy bien, porque quien está mal y sufre, difícilmente concibe males y sufrimientos mayores pareciéndole imposible que existan peores que los propios. Ya que el fascismo típico es conocido universalmente como el régimen de más refinada esclavitud política, económica y espiritual, es muy natural que cada vez que haya víctimas de una violación de

más claridad, cuando logran escapar de las indigestiones, de las gastroenteritis y del raquitismo, desarróllanse anémicos, minados por las escrófulas, por las miserias heredadas; y vedlos luego, si por una especie de milagro han podido salvarse de tan mortales influencias, cuando a duras penas pueden sostener una herramienta en sus débiles brazos, trabajando también de sol a sol, sacando fuerzas de flaqueza, para ayudar, siquiera sea con un mendrugo, al sustento de la familia.

Mírad después a esos pobres seres desvalidos, a esos niños abandonados, sin hogar y sin familia, librados al acaso, criados a la intemperie, sin nociones de ninguna clase, sin saber lo que son y lo que valen encenagados en el vicio, inconscientes, irresponsables por completo, pero candidatos seguros para el presidio; dispuestos al mal porque con él están connaturalizados, porque no conocen el bien, porque no tienen ideas diferenciales entre lo bueno y lo malo, dispuestos siempre a venderse para satisfacer los odios, la venganza o la concupiscencia de los poderosos.

Ved, observad todo esto, que no es más que un pálido diseño de la realidad, considerad todos estos seres desgraciados creciendo y multiplicándose dentro de tantos miasmas, podredumbres y miserias, dentro de tan letales influencias, enfermos de cuerpo y de mente, que llevan en sí el germen del mal inoculado por el medio ambiente en que viven, por esta sociedad egoísta, decrepita y corrompida, y decidme luego si la medicina y los médicos pueden hacer algo para mejorar sus condiciones sociales, sus medios de vida y conjurar las enfermedades que, por estas mismas condiciones y medios de vida, en ellos se ceban.

libertad, una prepotencia gubernamental o patronal, de una violencia o tentativa de violencia al propio derecho se recurra al fascismo como al mejor de los parangones y se denomine por fascismo el régimen de violencia.

A esto se es impulsado, por otra parte, por la misma pasión de la lucha y de la polémica, por la cual se tiende a herir el adversario o el enemigo con el ultraje más iniaimante posible. Una vez decíase de un régimen, de un sistema de gobierno que se quería deshonrar a causa de sus fechorías en perjuicio del pueblo y de la libertad, que era «borgiano», «inquisitorial», «borbónico», «crasista», etc. Hoy existe el término aun más odioso: «fascista», usándose éste. Nada más explicable y más lógico.

Pero el error comienza cuando la hipérbole y la paradoja del lenguaje polémico, vuélvense demasiado habituales, cambiándose en afirmaciones categóricas con la pretensión de reflejar una realidad objetiva.

Peor todavía, cuando la confusión es hecha con premeditación, para falsear las ideas y calumniar las intenciones de los adversarios.

Por ejemplo, todos pueden haber oído o leído centenares de veces oradores o escritores bolcheviques hablar a sus oyentes o lectores de social-fascistas o «anarco-fascistas». Para los sectarios del comunismo moscovita, en el fondo, todos aquéllos que no son bolcheviques son conscientes o inconscientemente fascistas. Toda idea o teoría que no cuadre con su dictadura es fascismo.

También esto se explica. Desde que se impone el dilema, sin posibilidad de otras posiciones «o dictadura fascista o dictadura bolchevique» es natural que en todos aquellos que no aprueban la segunda se vean los fautores, aun cuando inconscientemente, de la primera. La misma dialéctica, por lo demás, a la inversa, es adoptada por los fascistas para combatir y perseguir a sus adversarios. Todos aquellos que osan oponerse al fascismo de una forma cualquiera son perseguidos como «comunistas», no importando si éstos son al contrario, anarquistas, socialistas, republicanos o simplemente demócratas o liberales.

En el mismo error excesivamente generalizado me parece que van cayendo también alguna vez nuestros compañeros anarquistas, en los cuales se manifiesta la tendencia a ver el fascismo en todo aquello que contrasta con ellos. El error puede parecer de poca importancia por el momento, pero puede tener en el porvenir consecuencias funestas para ellos y para el movimiento: entre otras la consecuencia deletérea de aislarlos excesivamente de todos los ambientes que los circundan, debilitándolos hasta el extremo de ser en cierto momento derrotados fácilmente por el enemigo y eliminados del terreno de la lucha, con ventaja para todas las demás fuerzas. Y quien saldría favorecido sería el verdadero fascismo, hacia el cual nosotros podremos haber impulsado también algunas fuerzas que de otra manera podrían haber utilizado contra él.

No hago aquí, naturalmente, una cuestión de principio

puro y absoluto según el cual toda forma de autoridad contiene algo de fascista, siendo el fascismo la práctica de la autoridad llevada al máximo de centralización y violencia, hasta la misma exasperación. Toda teoría autoritaria, aun cuando con pretensiones liberales o sociales pueda ella contener, tiene algún parentesco con el fascismo. Todo esto es verdadero. Pero también es verdad que prácticamente, de hecho, y conjuntamente en las intenciones de los hombres, el fascismo, propiamente dicho, se diferencia completamente de todas las demás teorías autoritarias, aun de las más restrictivas, y ningún otro sistema de gobierno puede ser confundido con él.

El fascismo es la ausencia absoluta de toda libertad, aun la más anodina y personal, de todo menos que del restringido número de aquellos que tienen el poder en sus manos. En el poder gubernamental está concentrado el máximo de autoridad que no excluye ninguna posibilidad de arbitrio en perjuicio de los demás. No hay ninguna defensa par los subditos contra los abusos de la autoridad: ni las leyes que pueden ser todas violadas por parte del Gobierno en perjuicio del conjunto, ni la neutralidad política o el silencio, ya que se puede obligar a obrar y hablar contra los propios sentimientos más íntimos ni la intimidad del hogar, violada por las ingerencias más desvergonzadas; ni siquiera la ficción del conformismo más supino, por cuanto quien se inclina está obligado a inclinarse siempre más, hasta el envilecimiento más bajo de toda su dignidad.

En todos los aspectos de la actividad individual y social, no importa si alejados de la política, el fascismo impone su marca, su control, su dirección, su interés. Ninguna actividad se le escapa: la escuela pública, o privada; el estudio personal; el trabajo del obrero, el trabajo del profesional o del empleado, el del sabio o del literato, el comercio grande o pequeño, el teatro ni las diversiones más sencillas. Donde quiera está la garra fascista, perjudicando vuestros intereses, a imponeros su arbitrio a capricho, turbando vuestra tranquilidad. Ni siquiera el lecho conyugal, al menos en la intención, se quisiera que no escapase a su control omnimodo: y no es ciertamente mérito del fascismo si éste no ha logrado aún imponer su voluntad.

De todas maneras, el fascismo viola los hogares arrancando los niños desde su más tierna edad para hacer de ellos espías, para luego militarizarlos contra sus propios padres y maestros.

No hablemos luego de las libertades públicas, de aquellas que desde hace más de un siglo en los países civilizados suelen llamarse «elementales» y «adquiridas»: libre expresión del pensamiento, libertad de imprenta, de asociación, de reunión, de huelga, etc. Estas libertades, que en los países democráticos son siempre aleatorias y variables, violadas continuamente algunas veces de la manera más infame. Pero estas infamias no son dignas de tenerse en cuenta si se las compara con las infamias fascistas llevadas hasta el paroxismo por el régimen fascista.

Una vez nuestro amigo Sebastián Faure escribió en un periódico y lo repitió en un mitín realizado en París que las imposiciones creadas por la imprenta de Francia eran más o menos semejantes a las fascistas de Italia. A él le asistían todas las razones para estigmatizar al Gobierno liberticida de la República democrática francesa naturalmente! Pero el parangón era al mismo tiempo una blasfemia contra la verdad. «Usted le dije entonces, no podría en el régimen fascista hablar y escribir esto,

no solamente porque no podría imprimir y realizar conferencias de ninguna clase, sino porque si sólo intentáse decir algo semejante en una simple reunión de café os ganaríais primero una apaleadura, luego unos cuantos años de cárcel o de «domicilio coactor».

Pero, en realidad, en el régimen fascista la imprenta no existe, existen únicamente una gran cantidad de periódicos, todos ellos boletines oficiales del fascismo a quien una «oficina de imprenta» central cada día desde Roma impone lo que debe imprimirse, lo que está permitido decir y lo que está prohibido.

Y si por un error o descuido, o también con inocente malicia, algún fascista escribe en el periódico fascista una pequenez que disguste al Gobierno, lo menos que pueda ocurrirle al periodista es verse expulsado de su puesto, y secuestrado el diario. No sólo entonces son imposibles los diarios de oposición de cualquier género, aun los más moderados y conservadores, sino imposible también los diarios incoloros, eclecticos, etc. O son fascistas o de lo contrario no existen. Lo mismo hay que decir sobre las reuniones públicas o privadas de toda clase, culturales, deportivas y diversiones, lo mismo para toda clase de asociación, aun las más anodinas y estúpidas, etc.

Yo no sé si lograré ser comprendido y creído por los lectores de estos países. Me ha sucedido leer muchas veces en los ojos de muchos, a quienes narrábase lo que sucedía en Italia, los signos de la duda y la incredulidad. Pero aquellos que han vivido el fascismo y lo han observado, con los oídos y los ojos abiertos, saben que lo que digo es un pálido reflejo de la verdad.

La incompreensión del error, al menos parcial, del fascismo deriva en muchos por el preconcepto marxista y clasista de englobar todos los fenómenos sociales como otras tantas partes del fenómeno económico. Si, ciertamente, el fascismo es un movimiento de reacción capitalista, plutocrático, estatal, liberticida. Pero es también algo más diverso es todo lo peor.

La reacción capital y estatal existe bajo todos los regímenes, existió en todos los tiempos, la conocemos bien en todos los países de Europa y de América, como yo mismo la vi trabajar en Italia mucho antes del fascismo, bajo las dictaduras morbosas de los Crispi de los Pellona, de los Giolitti. Pero, lo repito, el fascismo es la reacción capitalista y estatal, y algo más: un despotismo estilo asiático, cruel y asfixiante, como aquellos gases de la guerra de los que se dice que persiguen a sus víctimas hasta los rincones más ocultos, matando todos los gérmenes de la vida política, económica y espiritual.

El fascismo es el estrangulamiento de la dignidad humana bajo el imperio brutal del delito y de la mentira enseñoreados del Gobierno. El enemigo del fascismo, que el fascismo odia, no es sólo el obrero que anhela emanciparse, el ciudadano que ama la libertad, el estudioso que piensa a su manera, sino todo hombre digno de este nombre, dotado de espina dorsal y de cerebro pensante que no sea, como lo quiere el fascismo, mono o papagayo. En fin, el fascismo es el enemigo de la humanidad; combatiendo contra él, el proletariado no sólo defiéndose como productor explotado, el libertario como súbdito oprimido, sino que ambos luchan para defender la propia dignidad de los hombres para salvar la civilización humana de la peor amenaza que jamás en el curso de la historia atentó contra el continuo porvenir.

Luigi FABBRI

EL OPIO POLITICO

DESDE tiempos lejanos, los pueblos vense dominados por los traficantes de la política, ese opio que llevó al dictado la infinidad de decires, su lamentable acción, y que las masas constitutivas de los gregarios de por doquier, admiten sin reparo y sin estudio, de más en más, dominados por lemas del todo estraños. En la historia política de los pueblos, se registran algunos que en ella ofrecen digno exponente de sinceridad y nobleza, pero ellos constituyen, precisamente, la escasísima excepción subrayante de la regla.

Se ha dicho que la política es el arte de gobernar y administrar los pueblos mediante las leyes elaborables, pero, al mismo tiempo, Franklin señaló que «las leyes sin telas de araña que las rompen los moscardones, en tanto que en ellas se atrapan las moscas».

Se ha dicho también, que «los pueblos tienen los gobiernos que se merecen», y ello puede ser cierto en virtud de eso tan incongruente de las democracias y del universal sufragio, que hace que tenga el mismo valor el voto del vago, del degenerado, del vicioso, del explotador, de todo lo del hampa dorada o misera, que el del honesto productor, sano y libre, con lo cual se elabora el «cotel» adecuado para los que forman «partidas», como señalara la infortunada Hildegard, en lugar de partidos de solvencia y responsabilidad se hallen a gusto en el manejo de los fondos sociales y públicos.

El político menos político de cuantos pueden estudiarse, y me refiero al ilustre Pi y Margall, ya señaló al final de siglo que, en los agrupamientos políticos, en los partidos organizados para la conquista de puestos de mando: «por cada hombre leal, he encontrado cien traidores», y si bien pudo referirse solamente al plano español, hemos de convenir, y la historia lo repite hasta el presente, que ello es la característica de todos los bandos políticos, por doquier tales agrupaciones, conjuntos, partidas, pandillas, caudillajes, cuyas directivas y vocaciones, se centran hacia el propio provecho, hacia el conjunto de fallas que inciden siempre y por todo en las finanzas del país en que actúan tales patriotas de retórica foja.

Con mirar el panorama político de todos los países, tanto los regidos por democracias como por dictaduras, por reyeckas como socialismos, por presidentes como totalitarismos disfrazados más o menos, comprenderemos el peligro que significa el confiar a los profesionales de la política los destinos de los pueblos, profesionales que, amparados por los otros profesionales del crimen, ese militarismo inútil y maligno; los profesionales del misticismo, esas religiones que millares de vagos fomentan y sostienen; los profesionales del derecho, esos tramposos del regirse de la sociedad; los profesionales de la economía, estranguladores del vivir para el logro de mayores ingresos; los profesionales del comercio y de la industria, de más en más lindando con el crimen por los vicios y engaños de que se valen... Todo eso, tan patente y que con tanta facilidad domina al pueblo, es el morbo que el productor de cosa útil debe saber irradiar, librándose de verse arrastrado por todos los lemas prometedores de venturas que reclaman su apoyo mediante el voto, el opio del que es preciso huir si se quiere no ser cómplice de las esclavitudes y engaños que de ellos se derivan.

El productor de cosa útil; el ungido a un horario y a un servicio de utilidad social, nada puede ni tiene que esperar de estos profesionales, y debe procurar ser digno de sí mismo, lejos de esa absorción de cuantos lucran y zampán, como a la vista está por todas partes, en ese juego de democracias y regimenes dirigidos y ordenados por las nulidades, mediocracias y degenerados o esquizofrénicos personajes de sainete, que terminan en tragedia en los pueblos que a ellos se entregan...

No hay que desconocer que tales sujetos, sólo aspiran a su gozar, en tanto a los pueblos, los amenazan latrocinios, estafas y peligros estratoesféricos que mantienen en tensión la vida toda de la grey humana, que perdió su rumbo opiada por los falsos redentores.

Sé tú mismo, paria, si quieres liberarte.

VICTORIA ZEDA

políticos y autoritarios, actualmente existentes, deben reducirse a las simples funciones administrativas de los servicios públicos, en sus países respectivos y desaparecer finalmente en la unión universal de las libres asociaciones, tanto agrícolas como industriales...» (16 de enero de 1869, firmado por C. De Paepe, Paul Robin (francés), L. Verrycken, Eugène Hins, Eugène Steens, Desiré Brismée y otros).

Ese mismo programa de la Alianza fué propuesto por Bakunin en febrero de 1869 a James Guillaume y a otros internacionales de Locle (Jura neuchatelés); rehusaron igualmente constituir una sección especial, pero encontraron de su gusto ese programa y querían hacer propaganda de sus principios en el seno de la Internacional; «se puede decir que casi todos se declararon adherentes a su programa» (J. Guillaume, *L'int.* vol. I, pág. 132). He aquí en qué estado estaba el Jura suizo antes de haber sufrido el contacto íntimo con Bakunin y sus ideas, que se estableció desde entonces.

La Internacional en Suiza difería en varios puntos importantes de la Bélgica en sus orígenes: la tradición libertaria faltaba, y existía, al contrario, una tradición autoritaria (J. Ph. Becker, Duplex, etc.). Luego los obreros tenían derechos políticos activos y estaban a las órdenes de los partidos radicales, mientras que en Bélgica ni tenían franquicia electoral. En fin, existían en Suiza muchos obreros muy especializados de los oficios de precisión, de relojería sobre todo, mientras que en Bélgica las grandes masas de la industria de los metales, del textil y los obreros de las minas predominaban; las diferencias sociales y de educación entre esas dos poblaciones obreras (los otros obreros, salvo la construcción de Ginebra, permanecían más bien fuera de las organizaciones). Era preciso, pues, en Suiza, un gran trabajo preparatorio para apartar a esos obreros-ciudadanos de la política y era por otra parte fácil organizarlos, hacerles comprender el valor de la autonomía y de la federación, puesto que ya la tenían en la práctica en ese país de intensa vida política cantonal y comunal.

Por tanto, sin que se hubiese llegado a las ideas anarquistas, se estaba en una cierta medida preparado para saber hacer buena acogida a las ideas de Bakunin que se ocupaba de la Internacional desde el verano de 1868. En Ginebra Bakunin fué siempre considerado como enemigo por los obreros de la relojería, de quien echaba a perder los cálculos electorales, y fué aceptado como auxiliar útil por los obreros de la construcción, cuya mayoría no tenía voto en la política cantonal. El ginebrino que más se asoció a él, fué Charles Perrón, hombre caprichoso y muy pronto escéptico que, si era un buen socialista, se cuidaba muy poco de la anarquía, salvo quizás el buscar en ella alguna expresión muy práctica que la atenuaba hasta la exigüidad. El camarada ruso más íntimo de ese período, N. Joukowski, socialista federalista y comunista de los más convencidos, escribe sobre la anarquía en el «Progrés» (Locle) del 4 de septiembre de 1869, pero él también

el congreso de Basilea) Bakunin insiste sin embargo ante todo en el derecho de herencia; por ejemplo: «entendemos que el capital lo mismo que la tierra, en una palabra, todos los instrumentos y todas las materias primas del trabajo, al cesar de ser transmitidas por el derecho de herencia, se convierten para siempre en propiedad colectiva de todas las asociaciones productoras», y: «Concluimos. Basta que el proletariado declare que no quiere sostener mas el Estado que sanciona su esclavitud para que el derecho de herencia, que es exclusivamente político y jurídico y por consiguiente contrario al derecho humano, caiga por sí mismo. Basta abolir el derecho de herencia para abolir la familia jurídica y el Estado.» Esboza una «vía de reformas en el país dichoso, muy raras, por no decir desconocidas», en que los burgueses mostrarían buena voluntad sincera; «por una serie de modificaciones sucesivas, sabiamente combinadas y meditadas amistosamente entre los trabajadores y los burgueses, se podrá abolir completamente en veinte o treinta años el derecho de herencia y reemplazar el modo actual de propiedad, de trabajo y de instrucción por el trabajo y la instrucción colectiva por la educación integral o instrucción integral...» «El método de la revolución será naturalmente más corto y más simple... Debe ser entendido entre nosotros (esto es un extracto del informe ginebrino al congreso de Basilea) que el primer día de la revolución el derecho de herencia será simplemente abolido, y con él el Estado y el derecho jurídico, a fin de que sobre las ruinas de todas las iniquidades se eleve, a través de todas las fronteras políticas y nacionales, el mundo internacional nuevo, el mundo del trabajo, de la ciencia, de la libertad y de la igualdad, que se organizarán de abajo arriba, por la asociación libre de todas las asociaciones productoras.»

La expropiación hace evidentemente inútil la abolición del derecho de herencia y ésta desaparece, según mis recuerdos, después de 1869 de los escritos de Bakunin y deja su puesto a la expropiación. Puedo engañarme en este punto que no me es posible verificarlo ahora al hojear todos sus escritos de 1870 en adelante, pero se trata en eso de una medida transitoria, como otros habían propuesto la legislación directa en semejante carácter (Dejaque, De Paepe). Bakunin es lo menos inclinado posible a los medios de transición: «en todas partes y en todo el hecho revolucionario, en lugar del derecho creado y garantizado por el Estado» — he ahí la idea (1868). Pero ha creído absolutamente necesaria siempre otra medida auxiliar; fué la dirección secreta, invisible, de los preparativos y de la acción revolucionaria de los militantes asociados entre sí para ese fin. Pensaba que dos o trescientos hombres en cada país y cien para la organización internacional en toda Europa, bastarían (1868).

Comprendía como nadie el carácter perjudicial de la dictadura abierta y no quería nada mejor que ver a las masas libertarias, acechaba y saludaba las menores manifestaciones de instinto revo-

fué lo que yo llamaría un anarquista-mínimo, uno de aquellos que, excelentes socialistas y, entreviendo la anarquía con admiración al fin de las edades, encuentran un poco molesta su propaganda presente e inmediata.

En el Jura, James Guillaume, estudiante, luego en la enseñanza secundaria, joven muy instruido, bien pronto enamorado del socialismo, no sin conocimiento de los socialistas antiguos, pero educado e interesado mucho tiempo en la política cantonal neuchâteloise, familiarizado desde temprano con la Internacional, precisamente por iniciativa de Bakunin, no estoy seguro. Lo mismo sucedió con los jurasianos, Schwitzguebel, Splichiger, Fritz Robert, etc.

Se puede uno formar una opinión sobre esta cuestión según los recuerdos de Guillaume (*L'Internationale, Documents et souvenirs*, 1883-1878, 4 vol., París, 1905 a 1910) y los periódicos de antes de Bakunin, « La Voix de l'Avenir » (Chaux-de-Fonds), « Le Progrès » (Locle), y para Ginebra el « Journal de l'Association Internationale de Travailleurs » y « La Liberté » (Ginebra).

En Francia, durante esos años se hizo en la Internacional la transición del mutualismo al colectivismo; se puede estudiarlo con ayuda de los informes de los congresos de la Internacional así como de los de los procesos del bureau de París, el último, en 1870, a consecuencias de las grandes persecuciones de mayo de 1870, en toda Francia. Respecto del proudhonismo en la Internacional una tesis del doctor Puech (1907) reúne los principales materiales. El « Almanach du socialisme fédéraliste pour 1868 » (por Chemaillé, Pierre Denis, Georges Duchêne, Robert Luzarache y Ernest Moulié) es una de sus últimas publicaciones características.

Eugène Varlin, el mártir de la Comuna, en una carta a un camarada (25 de diciembre de 1869) llama a sus ideas « socialismo colectivista o comunismo no-autoritario ». La palabra comunismo estaba fuera de uso entonces — puesto que no recordaba más que las ideas autoritarias de Cabet, de los Icarianos; Bakunin, que la emplea con frecuencia para designar el « comunismo autoritario » de Marx era muy poco conocido en Francia — esa palabra había sido resucitada por los oradores de las reuniones públicas renovadas en 1839, principalmente por Costave Lefrançais, un socialista de 1848 y el futuro miembro de la Comuna; la aplicó en un sentido más libre y fué federalista, formulando el comunismo, pero no anarquista. Los únicos rasgos de un verdadero comunismo libertario que he encontrado en esa época son los artículos de J. B. Millière, que fué bien pronto mártir de la Comuna, en la « Marseillaise » (París) en 1870, el mismo Millière que en 1851 publicó una *Constitution de la Démocratie ou le gouvernement direct du peuple par lui-même*, por consiguiente una crítica del sistema representativo; no tengo a mano los informes de sus discursos en 1869, de los cuales el segundo se titula: « Comunismo y mutualidad ».

No dudo que las ideas de Varlin y de sus camaradas exigen también su puesto en la historia del socialismo. James Guillau-

« Estos dos ideales se pueden conciliar muy bien con el principio de la libre federación de las comunas y de las asociaciones obreras, proclamado atrevidamente hace un año por la Comuna de París... »

Aparte de la diferencia señalada relativa a la expropiación, las concepciones de 1866 y 1872 son las mismas y se vuelven a encontrar por todas partes en la obra de Bakunin. El programa de 1866, que nos parece crudo y primitivo, correspondía a las situaciones de entonces, sobre todo en Italia, donde escribe: « ningún movimiento organizado, pero en cambio institutos populares revolucionarios y la perspectiva de guerras nacionalistas y burguesas que no plantearían más que las fundaciones de nuevas guerras y perpetuarían el estatismo y la guerra, que son inseparables. » A esa triste perspectiva (que se ha realizado al pie de la letra) Bakunin opone la única solución completa que se puede concebir: la disolución de los Estados actuales, que no son más que instrumentos de opresión en el interior y de guerra en el exterior y una reconstrucción libre de abajo arriba por la federación libre de las unidades primitivas con ciertas garantías para las minorías (derecho de secesión). No importa aquí el saber si se puede concebir un federalismo más libertario: nosotros vemos las grandes líneas de su proyecto, y en el dominio social tendría lugar una reconstrucción paralela, y el individuo se convertiría en una unidad social (laboriosa) verdaderamente independiente por el mantenimiento, la educación y el aprendizaje que le serían garantizados hasta su mayoría de edad; entonces se asociaría socialmente, como se federaría políticamente, es decir, como guste. Evidentemente esas proposiciones no se refieren más que a la primera generación después de la revolución, antes de la muerte de los últimos burgueses. Una segunda generación contendrá más que hombres libres que han aprendido a trabajar. Pero Bakunin no componía una utopía, no perdió de vista que era necesario laborar y sembrar antes de cosechar. No tenía tiempo que perder y lanza raramente una mirada más allá. Sin embargo, al escribir en 1866 sobre las asociaciones cooperativas obreras dijo: «... Es posible y aun muy probable que superando un día los límites de las comunas, de las provincias y aun de los Estados actuales, den una nueva constitución a la sociedad humana entera, no repartida ya en naciones, sino en grupos industriales diferentes y organizada según las necesidades no de la política, sino de la producción. Esto se refiere al porvenir... »

A partir de 1868 la Internacional adquirió grandes dimensiones y Bakunin empieza a creer en las posibilidades revolucionarias que dormitaban aún en las grandes masas. Como acabamos de ver, propone entonces la expropiación inmediata y completa en caso de revolución. Pero en ese caso la abolición del derecho de herencia (del cual no se habla en el documento de 1868) tendría un doble empleo: después de la expropiación no queda ya nada que transmitir por vía de herencia. En 1869, en su propaganda pública, Ginebra y

Este programa (1869) continúa: «Para la organización de la comuna, la federación de las barricadas en permanencia y la función de un consejo de la comuna revolucionaria por la delegación de uno o dos delegados por barricada, uno por calle o barrio, delegados investidos de mandatos imperativos, siempre responsables y siempre revocables. El consejo comunal organizado así podrá elegir de su seno comités ejecutivos separados por cada rama de la administración revolucionaria de la comuna.»

«... La revolución debe hacerse en todas partes por el pueblo y la suprema dirección debe quedar siempre en el pueblo organizado en federación libre de asociaciones agrícolas e industriales — y por tanto el Estado revolucionario y nuevo organizará de abajo arriba por vía de delegación revolucionaria y abarcará todos los países insurrectos en nombre de los mismos individuos sin hacer caso de las viejas fronteras y de las diferencias de nacionalidades tendrá por objeto la administración de los servicios públicos y no el gobierno de los pueblos. Constituirá la nueva patria, la Alianza de todas las naciones.

«Esta organización excluye toda idea de dictadura y de poder dirigente tutelar. Pero para el establecimiento mismo de esa alianza revolucionaria y para el triunfo de la revolución contra la reacción, es necesario que en medio de la anarquía popular que constituirá la vida misma y toda la enjundia de la revolución, la unidad del pensamiento y de la acción revolucionaria encuentre un órgano. Ese órgano debe ser la Asociación secreta universal de los hermanos internacionales...»

Escuchemos aún la palabra de Bakunin en una carta íntima escrita a Ce'so Cerretti (publicada en 1896):

«... El objeto positivo de la revolución social será la organización nueva de la sociedad más o menos emancipada. («El derrocamiento del Estado y del monopolio financiero actuales» son su objeto negativo). También bajo este aspecto, el ideal es claramente planteado por la teoría. Como organización política es la federación espontánea, absolutamente libre, de las comunas y de las asociaciones obreras. En la práctica será lo que cada sección, cada provincia, cada comuna y cada organización obrera quieren y pueden, siempre que sea realmente la voluntad real de las poblaciones y no la arbitrariedad, la fantasía o la prepotencia de los jefes quienes decidan.»

«... Emancipación del trabajo no puede, pues, significar otra cosa que la expropiación de los capitalistas y la transformación de todos los capitales necesarios para el trabajo en propiedad colectiva de las asociaciones obreras.»

«... Así, expropiación de los detentadores del capital, transformación del capital en propiedad colectiva de las asociaciones obreras y organización de la solidaridad universal, — tal es el ideal del proletariado de los campos.

me, que estaba en relaciones con Varlin y lo quería mucho, ha insistido probablemente sobre eso en lo que escribió sobre Varlin en la primera «Vie Ouvrière» (revista).

En esos años se formaba un hombre cuya memoria se conserva aún por su larga vida después — Paul Robin. No conozco sus orígenes socialistas; estuvo largo tiempo en Bélgica, por completo en el movimiento anarquista, hasta su expulsión en 1869, que se trasladó a Ginebra donde conoció a Bakunin, pero sobre todo fué activo después de la marcha de éste en el otoño de 1870, con su amigo Perrón; desde los primeros meses de 1870 está en París y es implicado en el gran proceso de julio. No me atrevo a preguntarme de donde ha sacado sus ideas anarquistas, puesto que era el hombre de temperamento pedagógico que profesaba las ideas, pero que no las recibía. Era casi el único que tuvo en esos años agitados el tiempo o la inclinación para aplicar las ideas libertarias a un asunto especial; fué por lo demás su punto fuerte la especialización, como saben los que se recuerdan de su propaganda neomaltusiana. Escribe *De l'Enseignement Intégral*, en la *Philosophie positive* (Versailles, 1869-1870) y el informe *Sur l'enseignement intégral* para el congreso de la Internacional que debía celebrarse en Maguncia en 1870 (París, julio de 1870).

Eliseo Reclus no estuvo entre los militantes de la Internacional durante el Imperio. Según mi impresión era de los hombres que yo llamaría *anarquistas natos*, como lo fué igualmente Bakunin. La libertad, la solidaridad, la justicia, hacer el bien, el trabajo, el respeto humano, eran cualidades adquiridas por él muy joven, gracias a un concurso de circunstancias favorables; bien pronto el estudio y los viajes le abrieron los ojos sobre las ideas religiosas que hasta entonces habían sido el cuadro repleto de sus ideas generales. Adquiere gracias a sus trabajos geográficos un vistazo internacional universal que no tuvo ningún anarquista antes de él y desgraciadamente después de él — ni Bakunin ni Kropotkin. Eso le da un internacionalismo intelectual y una tolerancia moral muy amplias, lo que no excluye que desde un punto de vista emocional haya permanecido muy francés y que practicase la rigidez hacia sí mismo. Es así al menos como se presenta a mi imaginación de acuerdo a mi experiencia personal y a todos los documentos que conozco sobre su larga vida.

Vuelto a Francia hacia 1860, sus ideas formadas después de largo tiempo, le hicieron participar en lo que se hacía de socialismo voluntario, de esfuerzos federalistas internacionales, pero no en actos políticos y de futuros dictadores. Toma parte en los periódicos de cooperación, «L'Association», a partir de noviembre 1868, publicaciones un poco más impregnadas de espíritu socialista que lo son habitualmente tales periódicos, y se interesa en la sociedad de «Crédito al Trabajo» del caritano Béluze. Conoció a Bakunin y con su hermano Elias se hace miembro de la Fraternidad internacional, el grupo de los camaradas íntimos de Bakunin. Per-

tenece a la Liga de la Paz y de la Libertad (congreso de Berna, 1868) No comparte la exuberancia revolucionaria de Bakunin, que sabía eso perfectamente, pero que tenía hacia él la más alta estima. En un manuscrito de 1871 (contra Mazzini) escribe : «... Los dos hermanos Reclus, dos sabios y al mismo tiempo los hombres más modestos, los hombres más desinteresados que yo encontré en mi vida. Si Mazzini los hubiese conocido como yo, se habría convencido quizás que se puede ser profundamente religioso, aun profesando el ateísmo. Son por excelencia hombres del deber... » Bakunin continúa : « Unidos en los principios, nos hemos separado, casi siempre, sobre la cuestión de la realización de los principios. Ellos también, como su amiga (Madame André Leo) creían hace dos años al menos (1869) en la posibilidad de conciliar los intereses del proletariado. Ellos también creían como Mazzini, que el proletariado debía dar la mano a la burguesía radical para una revolución exclusivamente política, primero, para llegar luego, con ayuda de esa misma burguesía a las reformas económicas y sociales... » (Es muy posible que Bakunin ligase un poco precipitadamente las ideas de Mme. André Leo, sobre las cuales se indignaba con derechismo en la « Egalité » de 1869, a las de Elisée Reclus sobre todo, pero no discutiré aquí este detalle). El 11 de enero de 1873, después de haber recibido una visita de Reclus, Bakunin escribe a L. Pindy que « nos entendemos más y más. — Es un hombre modelo éste, — tan puro, tan noble, tan sencillo y tan modesto, tan desprendido. No tiene quizás todo el diablo en el cuerpo deseable — pero eso es cuestión de temperamento y la muchacha más hermosa no puede dar más que lo tiene. — Es un amigo precioso, seguro, serio, sincero, y en absoluto nuestro. »

Otra persona fatalmente anarquista y que debía proclamario altamente más tarde o temprano, fué Louise Michel. Se leerá su juventud en sus « Mémoires » (Paris, 1886, 490 págs.). Cuando le pregunté si se ocupaban de las ideas de Bakunin en su medio antes de la Comuna, me escribió el 16 y el 22 de febrero de 1895 : «... Muy pocas obras de Bakunin eran conocidas. Pero ese poco bastaba, porque contenía mucho... » « No, no teníamos apenas más que las « Paroles » (a mis jóvenes hermanos de Rusia, 1869) en el pequeño número de los fanáticos revolucionarios de que yo constituía parte. Pero éramos de aquellos que miran hasta el fin del horizonte todo lo que puede ver o adivinar... » Dice aún : « Esa idea (anarquista) por lo demás estaba un tanto en el aire, como a través del océano (sin saber lo que pasaba en Europa, sin saber una palabra de las discusiones de la Federación jurasiana) estábamos en Ducos (Nueva Caledonia) cinco o seis anarquistas que tomaron el mismo nombre del grupo. — Por mi parte, yo me convertí en el viaje de Francia a Nueva Caledonia, donde se tenía tiempo para pensar, para comparar los acontecimientos, para ver cuánto estimula el poder a los mejores. Era verdaderamente un hermoso viaje, aunque fuésemos en jaulas como los leones... » Fueron, pues,

la responsabilidad real de todos los funcionarios ante el pueblo. Para defender la revolución sus voluntarios formarán al mismo tiempo una milicia comunal. — Pero aislada ninguna comuna podrá defenderse. Será, pues, una necesidad para cada una la propáganda de la revolución fuera, la sublevación de todas las comunas vecinas, y a medida que se subleven, la confederación de ellas para la defensa común. Formarán necesariamente entre sí un pacto social basado en la solidaridad de todas y en la autonomía de cada una. Ese pacto constituirá la constitución provincial. Para el gobierno de los asuntos comunes se formará necesariamente un gobierno y una asamblea o parlamento provinciales. Las mismas necesidades revolucionarias impulsan a las provincias autónomas a federarse en regiones, las regiones en federaciones nacionales, las naciones en federaciones internacionales — y el orden y la unidad, destruidos en tanto que productos de la violencia y del despotismo, renacerán del seno mismo de la libertad. »

« Necesidad de la conspiración y de una fuerte organización secreta, que converja en un centro internacional, para preparar la revolución... »

Advertimos que estos documentos, muy explícitos sobre muchas cosas, no hablan de la expropiación del capital social. Es una característica consciente de este programa, porque dice expresamente : « ... sin expropiación alguna, por los menos esfuerzos y poderes económicos de las asociaciones obreras, el capital y los instrumentos de trabajo caerán en posesión de aquellos que los apliquen a la producción de las riquezas por su propio trabajo. » Bakunin sabía, pues, en 1886 su socialismo enteramente en esos dos factores : el poder del trabajo voluntariamente asociado y la abolición del derecho de herencia ; los capitalistas serán poco a poco eliminados por la concurrencia de las asociaciones y completamente por la muerte sucesiva que haría pasar su herencia al fondo de educación de los niños. Es una fusión de las ideas de los saint-simonianos y de los asociacionistas franceses que no reclamaban la expropiación de los capitales, pero que tienen fe en la concurrencia victoriosa de las asociaciones. — En cuanto a la tierra, Bakunin es ya colectivista.

En su programa revolucionario redactado en el otoño de 1888 se lee sin embargo : « la confiscación de todos los capitales productivos y de todos los instrumentos de trabajo en provecho de las asociaciones de trabajadores que deberán hacerlos producir colectivamente » y « la confiscación de todas las propiedades de la Iglesia y del Estado lo mismo que de los metales preciosos de los individuos en beneficio de la Alianza federativa de todas las asociaciones obreras. — Alianza que constituirá la comuna. » El programa de 1868 agrega : « En cambio de los bienes confiscados, la comuna dará lo estrictamente necesario a los individuos despojados así, pero por su propio trabajo podrán ganar más tarde más si pueden y si quieren. »

Abolición de las prisiones y del verdugo. (No se excluyen los castigos por los actos antisociales, pero el condenado puede declarar siempre que abandona la comunidad y que se marcha; sin embargo, no gozará ya más de la garantía social de la sociedad y podrá ser muerto por todos.)

«Respeto a los ancianos, a los inválidos y a los enfermos.»

Hay allí una pequeña parte de esa utopía teórica de Bakunin en 1886 que parece una producción bastante innadura que da la impresión de quitar con una mano la libertad dada con la otra. Tiene por base un campo libre, desmontado de todos los restos del sistema presente, basado en el privilegio mantenido por la fuerza.

— En otra parte de esos documentos (*Necesidad de una revolución social*) el autor se expresa así :

«... Esa revolución podrá muy bien ser sangrienta y vindicativa en los primeros días, durante los cuales se hará la justicia popular. Pero no conservará ese carácter largo tiempo y no adoptará nunca el de un terrorismo sistemático y frío. — Hará la guerra a las posiciones y a las cosas, mucho más que a los hombres, segura de que las cosas y las posiciones privilegiadas y antisociales que crean, mucho más poderosas que los individuos, constituyen el carácter y la fuerza de sus enemigos.

«Comienza, pues, por destruir en todas partes, todas las instituciones, todos los establecimientos, iglesias, tribunales, administraciones, ejércitos, bancos, universidades (Bakunin se refiere a los planteles oficiales de jueces, de burócratas, etc.), que constituyen la existencia misma del Estado. — El Estado debe ser radicalmente demolido y declarado en bancarrota, no sólo desde el punto de vista financiero, sino también bajo el punto de vista político, burocrático, militar, judicial y policial. Pero habiendo hecho bancarrota, el Estado no podrá forzar a nadie a pagar las suyas. — Al mismo tiempo en las comunas y en las ciudades, se confiscará en provecho de la revolución todo lo que haya pertenecido al Estado : se confiscarán también los bienes de todos los reaccionarios, y se prenderá fuego a todas las actas sea de procesos, sea de propiedad, sea de deudas, declarando nula toda la papelería civil, criminal, judicial u oficial que no se haya podido destruir y dejando a cada uno el *statu quo* de la posesión. — De esa manera la revolución social se realizará, y los enemigos de la revolución, una vez privados de todos los medios de perjudicarla no harán necesario que se recurra contra ellos a medidas sangrientas y tanto más molestas cuanto que no dejan nunca de llevar tarde o temprano, a una desagradable reacción.»

«Al mismo tiempo que se localizará en todas partes, la revolución tomará necesariamente un carácter federalista. En cuanto se haya derribado al gobierno establecido, las comunas deberán reorganizarse revolucionariamente, darse jefes, una administración y tribunales revolucionarios constituidos por el sufragio universal y

las reflexiones sobre el fracaso de la Comuna en tanto que gobierno, aunque hubiese estado en manos de hombres muy buenos, las que determinaron finalmente a Louise Michel a hacerse anarquista, como Eliseo Reclus por su parte había sido vivamente afectado por el contraste entre los días dichosos sin gobierno después del 18 de marzo y la desilusión cuando fué establecido el poder comunal por las elecciones. Bellegarrigue en 1848 había tenido sensaciones semejantes; tampoco Bakunin fué nunca tan feliz como en las primeras semanas después de febrero, cuando el gobierno no se reducía al mínimo. Respecto de Louise Michel véase aún su libro « La Commune » (Paris, 1898), en las páginas 125, 358 y 392 sobre todo.

No he visto mucha literatura avanzada en los últimos años del segundo imperio; por arrogantemente que se escribiese, por proudhoniana que se dijese tanta gente, el término anarquista, frecuentemente usado antes por Bellegarrigue, Oeuderooy, Dejacque, más tarde en Bélgica y en el Jura, no fué empleado en público por muchos. No conozco más que a Eugène Vermesch que hizo eso, en el prefacio de su « Le Grand Testament du Sieur Vermesch » (Paris, 1868, impreso en 500 ejemplares) el autor escribe : « Cuando se le pregunta (al autor) cuáles son sus opiniones religiosas y políticas, responde : « Soy atonista y anarquista ». — Esas son convicciones de que no se separará jamás». Esto es fechado : Sainte Pelagie, 20 de julio de 1868, por consiguiente desde la prisión. He aquí algunos versos :

«... Si llega mañana la República — no puede ni mal ni bien : — los gobiernos, hagan lo que quieran — seguirán siempre el mismo curso ; — serán siempre hombres, — y no espero de ellos ninguna gracia.

Porque en mí siento un instinto — de oposición eterna, — como eternamente en sí — la mar, una tempestad orgullosa. — Tolerar, prohibir o permitir — son violaciones del derecho : — yo no me rebelo contra ellos, yo — que no reconozco amo.

Para que valga la autoridad, — para que sea verdadera y jurídica, — es preciso que mi espíritu abdique — y entregue su libertad : toda orden de un amo es débil — ante el veto de cada uno : ¿Pensáis, pues, darme una — porque vosotros os pongáis mil?

Este librito termina así :

«... A cada uno tendemos la mano, — no sentimos inquietud. — Porque tenemos la certidumbre — que seremos vencedores mañana. — Si se nos pregunta qué somos, si se nos dice : ¿Qué es lo que hacen — esas gentes? yo respondo : « Quieren — conquistar por el bien a los hombres.

«No quieren solamente — esa elevación, la independencia : — quieren aún, para Francia — y el universo, el apaciguamiento, — el trabajo y la vida dichosa. — La tierra con sus frutos para to-

dos, — el arte poderoso, humano, amplio y dulce — y el gran éxtasis amoroso...

«La libertad, eso no es nada. — La libertad no vale nada por sí sola. — La libertad no es más que un medio. — Seamos, en fin, lo que somos : Seres nacidos para ser dichosos — y siéndolo sin amos ni dioses... — Hombres, hombres, hombres»

Estas son las diversas manifestaciones, grandes y pequeñas, de las ideas anarquistas independientes de la iniciativa de Bakunin que han llegado a mi conocimiento. — manifestaciones que se habrían producido aunque él mismo no hubiera existido jamás. Examinemos ahora las ideas de Bakunin y la esfera en la cual se fundieron.

..

Sobre el suelo árido de una humanidad esclava de la autoridad, del privilegio y de la superstición, la naturaleza, a quien nada detiene, hace caer algunas gotas de agua que tropiezan aquí o allá con algunos granos fértiles y hacen brotar un poco de vegetación verde que el ambiente seca de nuevo, salvo que hayan sido llevados por un buen azar, el viento o los pájaros, granos de semilla y crezcan otras matas de verdura en otro lugar, tal vez un poco más numerosas que la primera. De esa manera la libertad y su ideal social e individual supremo, *la anarquía*, se ha difundido a través de los siglos, sea por afiliaciones invisibles, sea creada de nuevo : porque las mismas causas crean, los mismos efectos y el gubernamentalismo producirá siempre el anarquismo. Para contrariar esta comparación, digamos que Proudhon fué el primer árbol que ha producido la nueva vegetación que cubre el desierto social : ese árbol creció lentamente, echando profundas raíces, pero sin producir aún frutos ni proporcionando todavía abrigo : esa madurez puede llegar aún. Mientras tanto el árbol de Bakunin crece vigorosamente y fué el primero que protegió el oasis de la libertad definitivamente, haciendo también brotar numerosos retoños, el comienzo de un bosque que preparará el terreno a la rica vegetación de la libertad del porvenir.

¿Cuáles son los orígenes del anarquismo de Bakunin? Yo pienso que son muy antiguos y que reposan ante todo en él mismo. Los hombres, penetrados de una idea de una manera muy intuitiva, albergan habitualmente esa idea desde hace mucho tiempo : en un estado imperfecto, rudimentario, sea. Yo creo más en la investigación de esa continuidad latente que en la disección de los hombres en periodos, siempre que se trate de hombres verdaderamente serios que son menos maleables por el medio que los hombres plausibles de talla media que nos rodean. El peso de la prueba me parece que en este caso cae sobre los que niegan la conti-

sentencias del tribunal nacional, salvo apelación al tribunal internacional, si éste existe. — «En caso de negativa de obediencia en uno de esos tres casos, la provincia será puesta fuera de la ley y de la solidaridad nacional, y en caso de ataque de su parte contra las provincias federadas, podrá ser hecha entrar en razón por el ejército nacional.»

«Abolición de los llamados derechos históricos, de conquista y de toda política de redondeamiento, de engrandecimiento, de gloria y de potencia exterior del Estado...» «Del hecho de que un país haya estado unido a otro durante siglos, aunque fuese voluntariamente, no se deduce que debe sufrir esa unión si no la quiere... Por consiguiente, cada nación, cada provincia, cada comuna, tendrán el derecho absoluto a disponer de sí mismas, a aliarse también con otras lo mismo que a romper sus alianzas pasadas y presentes y formar otras nuevas, sin que esté en el derecho y en el interés de ningún otro país el impedirlo. Toda violencia bajo este aspecto deberá ser reprimida por la federación nacional entera...» — «En fin, federación internacional y solidaridad revolucionaria de los pueblos libres, contra la coalición reaccionaria de los países esclavos aún.»

ORGANIZACION SOCIAL :

«La igualdad política es imposible sin la igualdad económica ; ésta última y la justicia social serán imposibles en tanto que no exista para cada individuo que nace una perfecta *igualdad del punto de partida* (medios de sostenimiento, de educación, de instrucción y más tarde de aplicación de sus capacidades y fuerzas naturales).»

Abolición del derecho de sucesión ; el fondo de educación pública es el fondo único que tendrá derecho a heredar y tomará a su cargo los niños hasta su mayoría de edad.

Cada uno deberá trabajar para vivir o será considerado ladrón. «El trabajo inteligente y libre, base de la humana dignidad y de todos los derechos políticos y el trabajo individual se fundan cada vez más en el trabajo asociado. (El autor combate mucho la separación del trabajo intelectual y del trabajo manual).»

«La tierra, propiedad de todo el mundo, no será poseída más que por los que la cultivan.»

Igualdad de los derechos políticos y sociales de ambos sexos. «Abolición de la familia legal fundada en el derecho civil y en la propiedad. Matrimonio libre. Los hijos no pertenecen más que a sí mismos y a su futura libertad. «Como niños, hasta la edad de su emancipación, no son libres más que en posibilidad, y deben hallarse por consiguiente bajo el régimen de la autoridad...» Serán gradualmente iniciados en la libertad... «a fin de que los adolescentes llegados a la mayoría de edad... puedan haber olvidado cómo, en su infancia, han sido gobernados y conducidos de otro modo que por la libertad...» Escuela de aprendizaje de oficios libremente escogidos...

extensos, escritos en los primeros meses de 1866. Como existen muy pocos manuscritos teóricos de 1865 y lo poco que Bakunin ha publicado entonces permanece aun desconocido, esos documentos de 1866 son la primera exposición de sus ideas socialistas y revolucionarias, que existen de él, según parece. Están inéditos, salvo algunos extractos publicados en mi biografía de Bakunin (1899), pero serán publicados bien pronto en la traducción de las «Obras escogidas» de Bakunin que se publica en Berlín («Der sozialistische»).

Resumo — los extractos serían verdaderamente demasiado largos, — las ideas del «Catecismo revolucionario» primero : no tengo la intención de dar un resumen completo, sino las partes más salientes :

«Negación de dios...» «La razón humana reconocida como criterio único de la verdad, la conciencia humana, base de la justicia y la libertad individual y colectiva, como fuente y base única del orden de la humanidad. La libertad de cada uno no es realizable más que en la igualdad de todos. La realización de la libertad en la igualdad es la justicia.»

«Exclusión absoluta del principio de autoridad y de la razón de Estado. La libertad debe ser el único principio constitutivo de toda organización social, tanto política como económica. El orden en la sociedad debe ser la resultante del mayor desenvolvimiento posible de todas las libertades locales colectivas e individuales.» «Toda organización política y económica debe partir de «abajo arriba y de la circunstancia al centro por principio de asociación y de federación libres.»

Organización política :

Abolición de toda iglesia oficial. — Libertad absoluta de conciencia y de culto. — Libertad absoluta de las asociaciones religiosas que no tendrán derechos políticos y no podrán ocuparse de la educación de los niños. — «Abolición y bancarrota del Estado centralizador y tutelar». — «Libertad absoluta del individuo ; no reconocimiento de derechos políticos más que a los que vivan de su trabajo a condición de que respeten la libertad ajena. — Sufragio universal ; libertad ilimitada de la prensa, de la propaganda, de la palabra y de las reuniones públicas y privadas». — Libertad de asociación (reconocimiento jurídico de aquellas que no se pongan en contradicción con los principios fundamentales de la sociedad). Autonomía absoluta de la comuna (administración y legislación inferiores, siempre que se conformen a los principios fundamentales de la constitución provincial). — La provincia, autónoma ante la nación es la federación de las comunas (administración y legislación interiores, etc...) — «La nación no debe ser más que la federación de las provincias que libremente quieran constituir parte de ella...» (tiene el derecho de exigir que sus constituciones y legislaciones se conformen con las suyas en los puntos esenciales). — La provincia ejecuta los decretos votados por el parlamento nacional que le son significados por el gobierno nacional ; se somete a las

nidad y no sobre los que la presuponen y tratan de probarla, siempre que lo permitan los materiales conservados o accesibles.

Bakunin pasó una juventud feliz en el seno de una gran familia, de un gran número de hermanos y hermanas, un pequeño ambiente impermeable al ambiente político y social, entregándose desde temprano a la investigación del bien, de la más grande perfección que cada cual buscaba para sí, pero que él, al mismo tiempo, quería impartir también al pequeño círculo y que soñaba en difundir sobre la humanidad entera. Esas aspiraciones se desarrollan en el cuadro de una religión idealizada, más tarde en el de una filosofía supremamente idealista, la de Fichte : esto tiene poca importancia ; lo esencial son las ideas de *libertad* (la más grande perfección) y de *solidaridad* (la necesidad de dar esa misma libertad a los que ama y luego a todo el mundo) que echan así raíces profundas en el espíritu del joven Bakunin. La intensidad de esos sentimientos añade la determinación de combatir el mal, la solidaridad hace aparecer el espíritu de defensa y de lucha : de ahí sus ideas de destrucción y de rebelión que se desarrollan más tarde cuando ve la esclavitud intelectual y social que le rodea. Entre esa revolución primitiva y el despertar de su conciencia social se presenta un período en que le fascinó una filosofía que chocaba con su verdadera naturaleza, la de Hegel, — como más tarde, de 1848 a 1863, su desenvolvimiento libertario fué interrumpido por un eclipse nacionalista : en esas dos ocasiones creía poder vivificar una causa muerta, una filosofía profundamente reaccionaria que consagraba todo el mal que existe y el nacionalismo profundamente antisocial, destructor de la solidaridad humana, — por todo su amor a la libertad y a la solidaridad y su aliento de rebelión ; no lo consiguió, porque intentaba lo imposible — la humanización de la abstracción y la humanización del nacionalismo. Fueron períodos de enfermedad grave y larga, pues su naturaleza era fuerte y tenaz, pero las dos veces sale de la crisis, completamente curado en cuanto a la filosofía (1842), no curado en cuanto al nacionalismo, pero desde esa época se entregó a su verdadero trabajo (a fines de 1863). Si hubiese estado completamente curado de la segunda crisis, los servicios que ha prestado a la humanidad serían mucho más grandes aún ; pero lo hecho, hecho está ; nosotros no tenemos que hacer críticas al pasado.

Bakunin rompió las cadenas de la abstracción en 1842 al contacto con la crítica filosófica libre y las ideas de Feuerbach, con el radicalismo que se desarrollaba entonces a su alrededor en los medios intelectuales alemanes que visitaba en Berlín y en Dresde y abriendo los ojos sobre la extensión y la profundidad del problema social y también sobre las protestas que la explotación había encontrado ya entonces : del socialismo francés de Babeuf, por Saint Simón y Fourier, al comunismo igualitario, — resumido entonces en un gran libro del profesor Lorenz Stein (1842) que leyó con el mayor interés. Pronto fué impulsado por su ardor de pro-

testa, — en el artículo de fines de 1842, donde bajo el velo del *Le-ma*, filósofo hace una llamada calurosa a la destrucción del viejo orden, proclamando la alegría destructora como un placer creador, — fué impulsado al destierro definitivo y a las persecuciones; habita en Suiza, en Bélgica, pero más que en ninguna parte en París (verano de 1844 hasta su expulsión, diciembre de 1847, para volver de Bruselas ante las noticias de febrero de 1848 y quedar allí aún hasta primeros de abril). Los primeros socialistas que encuentran — fuera de los medios intelectuales — son comunistas obreros alemanes, Weitling, A. Becker, S. Schmidt y otros, en Zurich. Ginebra y París; cae bajo la influencia de Weitling, pero se hace un buen amigo de algunos otros, menos intrínsecos, y existen cartas en que se llama « comunista de todo corazón ». Censura altamente la estrechez de algunos y se siente más rechazado aún por el orgullo dominador de Karl Marx. Sus amigos son Reichel, Herwegh, los jóvenes hermanos Vogt, — hombres simplemente buenos y humanos como Reichel y los jóvenes Vogt o emancipados de todos los prejuicios, que soñaban como él con el catolicismo social y la anarquía, como Herwegh lo ha sido o ha podido parecerlo entonces. No se asoció a ninguno de los jefes socialistas franceses aunque los conocía a todos (habla bien de Villégardelle, hombre más modesto), pero se sintió atraído hacia Proudhon, que tenía un interés semejante en su trato y ambos han ido al fondo de las ideas sociales respectivas, en las largas discusiones, sin convencerse mutuamente. Bakunin no perteneció a ninguna escuela, tenía sus ideas propias que no conocemos en detalle, pues ninguna causa exterior le impulsó a publicarlas (por lo demás todo lo que escribió entonces, sus manuscritos, se ha perdido). Pero sabemos que era socialista federalista y por tres palabras de una carta de Herwegh en 1848, sabemos que era anarquista : desea *eine gesetziöse und darum freie Welt*, un mundo sin leyes y por consiguiente libre : ahí está toda la anarquía y sólo un anarquista podría *razonar* así.

Nos falta, pues, su « sistema », su síntesis. La tenemos sin embargo en sus escritos conservados desde 1865 y hasta tenemos una ampliación escrita en 1848 que demuestra que la síntesis anarquista, no formulada o perdida entonces, era la misma que la que se conservó de 1866 de que se hablará más adelante. He aquí cómo :

Educado por un padre cosmopolita y ruso a la vez, sometido a la educación y a la práctica militar rusa, aunque rompió esos lazos pronto, familiar con hombres muy rusos y con los eslavófilos, N. N. y S. N. Muraviev, Tchadaef, Konstantin Akashof, Belinski mismo en esa época de 1830-40, iniciado en las aspiraciones de los otros eslavos por los nacionalistas más fascinadores de ese tiempo, Leleveil y Mickiewicz, fué consciente y activo de su nacionalidad — lo que todo el mundo era entonces — y se sintió impulsado por diversas razones, a dedicar en 1848-49 toda su actividad a cuestiones de política nacional eslava. No menciono aquí más que sus

Bases de la nueva política eslava de 1848 y el proyecto de una revolución de Bohemia, de 1849, tal como la esboza en la llamada « Confesión » de 1851. Una comparación mostraría que las ideas aplicadas allí a las cuestiones de nacionalidad y de revolución políticamente política y nacional corresponden también a su programa y a su práctica revolucionaria tales como los resume en 1866 : concluyo que si hubiese tenido una ocasión de formular sus ideas socialistas y su comparación de la revolución social en 1848, habría dicho poco más o menos lo que escribió en 1868, en 1872, 1873 no difiere especialmente. Es imposible decir en qué fecha, entre 1842 y 1847, ha coordinado sus ideas por primera vez; pienso que la lectura y el conocimiento personal de Proudhon han precisado tanto sus aspiraciones de libertad como las lecturas y el trato con los comunistas han precisado sus aspiraciones sociales y como el conocimiento de algunos autoritarios como Marx le ha hecho comprender el peligro de toda autoridad : de todo eso ha salido esa síntesis de libertad y de solidaridad, que reclama la autonomía y la federación, la anarquía y el colectivismo, la libertad inseparable y fundada en la solidaridad.

No es sino a fines de 1863, al volver de Stockholm a Londres, cuando hizo su primer viaje continental y se estableció desde entonces en Italia (Florencia, Nápoles). La revolución nacional eslava, que se había dedicado con tanta energía a producir en 1862-63, al aportar algunas tendencias sociales, había fracasado entonces a consecuencia de la derrota de la insurrección polaca y de la inexistencia de una revolución rusa. Entonces terminó definitivamente el episodio 1847-1863 y vió de nuevo las cosas en sus verdaderas dimensiones. Vió el nacionalismo del resto de Europa bajo la égida de Mazzini y de Napoleón III, vió las revoluciones en que se tenía confianza en manos de los burgueses o de los socialistas dictadores, de los Jules Favre y de los Auguste Blanqui, y vió a los obreros apenas despertados ocupados del tradeunionismo, de la reforma electoral, de la cooperación, en una palabra : ocupándose entre ellos y entregando por eso el destino de las revoluciones a los burgueses y a los dictadores. Bakunin, que veía aún todos los partidos de acción obrar secretamente, Mazzini, Blanqui, los polacos, etcétera, concibió entonces la idea de la *Société Internationale Révolutionnaire*, sociedad secreta cuyos miembros, los hermanos internacionales (por lo que se llamó también la *Fraternidad Internacional*) trabajaron en la proporción de las ideas antiesstatistas y federalistas y en caso de revolución le darían esa dirección destructiva del Estado y reconstructora de la sociedad de abajo a arriba, impidiendo los dictadores y las otras desviaciones de la revolución. Esa sociedad fundada en 1864 en Italia antes de la Internacional, ha debido tener un carácter bastante poco formal, lo que no impidió que Bakunin le prodigase programas y estatutos; tenía esa parte débil. Los primeros documentos conservados parecen ser un « Catecismo revolucionario » y los « Estatutos », documentos muy

VIDA SIN PRINCIPIOS⁽¹⁾

I. — DELINCUENCIA



N una sala de conferencias no hace mucho, me di cuenta que el conferenciante había escogido un tema demasiado extraño para él, y por eso no me interesó como debía haberlo hecho. Describía las cosas no cerca de su corazón, sino hacia sus extremidades y superficies. En este sentido, no había en dicha conferencia, idea central o verdadera centralización de su pensamiento. Mejor hubiera sido que tratara de su experiencia privada, como suele hacer el poeta. El cumplido más grande que a mí se me ha podido hacer es cuando se me ha preguntado qué es lo que *yo pensaba*, y en consecuencia se esperaba mi contestación. Me encuentro sorprendido y a la vez encantado, cuando semejante cosa ocurre, pues se intenta hacer de mí un uso raro, cual si en verdad conocieran la herramienta que debía emplear. Comúnmente, cuando los hombres quieren algo de mi persona, es sólo para saber cuantas hectáreas tiene su campo —pues ahora soy agrimensor— o en el último de los casos, qué triviales noticias he podido recoger por ahí. Nunca van hacia el corazón, son contentan con rozar mi epidermis. Recuerdo que una vez vino un hombre de muy lejos para pedirme que confiara sobre la esclavitud, pero al conversar, me di cuenta que tanto él como sus amigos esperaban que las siete octavas partes de la conferencia fuera de ellos y solamente una octava parte mía; por lo tanto no acepté. Tengo por cosa segura, cuando se me invita a conferenciar en alguna parte —pues algo de experiencia he tenido en este aspecto—, que hay cierto deseo en escuchar lo que *yo pienso* sobre no importa qué tema, aunque pudiera ser el más tonto del pueblo, en vez de hablar solamente de cosas agradables, que los oyentes aprueben sin dificultad; por eso he resuelto siempre, entregar una fuerte dosis de mí mismo al hablar ante el público. Me envían a buscar, se comprometen a pagarme, y mi determinación es que van a oírme, aunque pueda aburrirlos más allá de todo precedente.

Por lo tanto quisiera ahora decir algo similar a vosotros que sois mis lectores. Teniendo en cuenta que no he sido un gran viajero, inútil será el ocuparnos de gentes que viven a miles de millas de distancia; nos referiremos pues a las que habitan lo más cerca posible de nosotros. Y como el tiempo es corto, dejaré a un lado toda alabanza y retendré todo el criticismo.

Consideremos pues cómo transcurren nuestras vidas.

Este mundo es un lugar para los negocios. ¡Qué infinito despilfarro! Casi cada mañana me despierta el silbido de la locomotora, interrumpiendo mis sueños. En el ferrocarril no hay sábado festivo. ¡Cuán glorioso sería

el ver a la humanidad de una vez por todas cultivando sus ocios! Por todo lugar no hay nada más que trabajo, trabajo y trabajo. Apenas si puedo comprar un cuaderno en blanco para escribir pensamientos, pues están casi siempre rayados para las cuentas de dólares y centavos. Un irlandés al verme el otro día reposando por un momento en medio de los campos, imaginó en seguida que estaba calculando el dinero que podría ganar al medirlo. Si un hombre cuando era niño tuvo la desgracia de caerse desde su ventana, volviéndose para siempre un imposibilitado, o perdió sus cinco sentidos debido a un susto que le causaron los indios, entonces se le compadece principalmente porque se ha vuelto un incapacitado... ¡para los negocios! Me parece que no hay nada, ni siquiera el mismo crimen, que sea tan opuesto a la poesía, a la filosofía y en verdad a la misma vida, como ese delirio de los negocios.

Un rústico y bullicioso busca vidas que vive en las afueras de nuestro pueblo, está por construir un muro al pie de la colina, donde la pradera termina. Parece que los poderes le han incrustado en la cabeza el mantenerlo al margen de toda pérdida, y son sus deseos que yo vaya a cavar con él allí unas tres semanas, con el probable resultado de que nuestro hombre acumule más dinero, para que sus herederos más tarde lo despilfarren tontamente. Si a construir el muro fuera, no hay duda de que la opinión general me tomaría por un hombre trabajador y habilidoso; pero si me dedico á ciertos trabajos que son para mí mucho más interesantes, aunque con ellos apenas si se gane dinero, entonces se dirá que soy un holgazán. Sin embargo, como no necesito la opinión insensata para saber qué es lo que debo hacer, y como no veo nada que absolutamente pueda ser alabado en la empresa del busca vidas, ni tampoco en las tareas de nuestro gobierno o en las de los gobiernos extranjeros, por muy divertidas que parezcan, prefiero terminar mi educación en una escuela muy diferente.

Si un hombre pasea por los bosques, simplemente por el amor de esos mismos bosques, durante medio día, corre el peligro de que lo consideren un vagabundo; pero si pasa todo el día especulando, talando esos mismos bosques, o roturando la tierra antes de tiempo, se le estima como un ciudadano laborioso y emprendedor. ¡Cómo si el solo interés de un pueblo fuera el talar los bosques, en lugar de conservarlos!

Muchos hombres se considerarían insultados si se les propusiera una ocupación consistiendo en lanzar piedras por encima de un muro, para luego recogerlas y volverlas a lanzar por encima del mismo muro, con el fin de ganar sus salarios. No obstante, pocos son los que ahora emplean mejor su tiempo. Por ejemplo: un poco después del amanecer, en una mañana de verano, observé como caminaba uno de mis vecinos al lado de su yunta de bueyes, los cuales muy despaciosamente arrastraban una piedra redonda muy pesada, tironeándola desde el yugo, espec-

(1) Véase CENIT Nos. 45, 52, 70, 91 y 92.

táculo rodeado con una atmósfera laboriosa —pues comenzaba su día de labor y su frente empezaba a chorrear sudor—, cual si fuera un reproche hacia los hogazanes y perezosos; caminando al compás tambaleante de los bueyes, y medio vuelto hacia atrás para premiarlos con un pinchazo, si se le atrasaban un poco. Y entonces pensaba, este es el trabajo que trata de proteger el Congreso americano —al parecer honesto, simple herramienta haciendo que el pan tenga un sabor dulce y manteniendo también azucarada a la sociedad—, trabajo respetado y consagrado por todos los hombres, uno de los tantos sacrosantos que existen y que se ha vuelto una necesidad, además de una tediosa tarea reventadora. Naturalmente, no dejé de sentir cierto ligero reproche, pues observé la escena desde una ventana, y no estaba preocupado ni inquieto por semejante negocio. Transcurrió el día y al pasar de tardecita por el campo de otro vecino, que tiene mucha servidumbre y gasta montones de dinero tontamente, sin añadir casi nada al montón común, allí estaba la consabida piedra, al lado de una caprichosa estructura hecha para adornar las propiedades de lord Timothy Dexter. Allí había ido a parar desde que mis ojos siguieron el arrastre de la yunta. Me parece que el sol me he hecho para iluminar cosas más interesantes que esta. Puede que el amo de los bueyes esté ahora trabajando en otra parte, haciendo deudor a medio pueblo; poblando en algún otro lugar, para de nuevo volver a las andadas.

II. — TRABAJO DIGNO

Los caminos por los cuales se puede hacer dinero son casi todos muy rastreros. Haber hecho algo cuya retribución es solamente dinero, es haber sido en verdad perezoso, o algo peor. Si el que trabaja sólo consigue los salarios que su patrón le paga, defrauda y es defraudado. Si por otra parte uno trata de conseguir dinero como escritor o como conferenciante, tiene que ser popular, lo que equivale a descender perpendicularmente. Los servicios que la comunidad se apresura a pagar son los más desagradables de hacer. Le pagan a uno para que sea algo menos que un hombre. El mismo Estado no retribuye a un genio por muy sabio que sea. En cuanto al poeta laureado, lo hemos de ver ocupado celebrando los acontecimientos de la realeza, pues no es difícil corromperlo con algo de licor y, a veces, sólo desde lejos nos llegará el eco de la verdadera musa poética. Volviendo a mis propios asuntos, la clase de agrimensura que a mí más satisfacción me causa, no es la que agrada a mis empleadores. Prefieren principalmente que el trabajo se haga rústicamente y no demasiado bien. Cuando digo que hay varias maneras para medir un campo, en seguida el propietario pregunta cuál es la que a él le dará más terreno y no cuál es la más correcta. Una vez inventé una medida para medir leña vendida en cuerdas e hice lo posible para que la aceptaran en Boston; pero el medidor me dijo que los vendedores no deseaban que la medida de leña fuera de peso exacto; esa seguridad no les interesaba, y por lo tanto casi siempre conseguían su leña medida en Charlestown, antes de cruzar el puente.

Lo que todo trabajador debería procurar no es principalmente el ganarse la vida, o el conseguir un «buen trabajo», sino el perfeccionarse en cierta labor; y aún en un sentido pecuniario, sería económico para un pueblo el pagar a sus trabajadores lo suficientemente bien como para que éstos no se vieran obligados a procurarse tra-

bajo de bajos fines tendiendo a ganarse meramente el sustento sino con fines científicos o morales. Se alquila al hombre que sólo trabaja por dinero en vez de dar ocupación al que ama el trabajo en sí.

Es notable que sean tan pocos los hombres que están muy bien empleados y en cuanto a sus mentes, basta que se presente un poco de dinero o de fama para que abandonen sus ocupaciones presentes. A veces leo avisos en los diarios reclamando jóvenes *activos*, como si la actividad fuera el solo capital que puede poseer un joven. Cierta día me sorprendi cuando un hombre ya crecido me propuso, en tono confidencial, el embarcarme en una de esas empresas, como si por mi parte nada tuviera que hacer, como si también mi vida hasta dicho momento hubiera sido un fracaso. ¡Qué dudoso cumplido se me hacía así! ¡Cómo si me hubiera encontrado en la mitad de la travesía atlántica, luchando con viento de proa, y en un momento de desfallecimiento, me hubiera propuesto que me fuera con él! Si tal hubiera hecho ¿suponeis acaso lo que los escritorzuelos hubieran dicho? ¡No! De ningún modo. A la altura que me encuentro de mi viaje, lo que menos me falta es, por cierto, ocupación. Para decir verdad, me acuerdo que cuando era niño vi un anuncio en el que se pedían fornidos marinos, mientras paseaba por mi puerto nativo, y tan pronto como alcancé mayoría de edad, no dejé de embarcarme.

Tonto es si cree la comunidad que hará caer en tentación a un hombre sabio. Podrán acumular suficiente moneda para horadar una montaña con un túnel; pero no podrán amontonar dinero suficiente para comprar a un hombre cuya ocupación son sus *propios* asuntos. Un hombre eficiente y valioso hace lo que puede, le pague o no la comunidad. El ineficaz ofrece su ineficacia al

UN NUEVO

Durante el mes de septiembre de 1958, un número de compañeros en Bélgica y Francia principalmente, proyectaron la creación de un Instituto de Investigaciones Científicas, independiente de toda influencia autoritaria. He aquí los Estatutos:

INSTITUTO LIBERTARIO INTERNACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

- 1.º El Instituto es autónomo.
- 2.º Las demandas de filiación serán aceptadas por coopción.
- 3.º El Instituto es denominado libertario por cuanto éste es completamente independiente y rechaza la dominación de todo todo poder político o financiero. Su objetivo es estimular la emancipación del individuo en todas sus manifestaciones. Por principio es antidogmático, y científico en sus métodos, los cuales podrán diferir de los métodos oficiales en voga. El Instituto asume la tarea de clarificar el movimiento libertario mundial mediante el resultado de sus labores.
- 4.º El Instituto se compone de dos secciones principales: a) la primera tiene por objeto el ensayo de investigaciones científicas en su estricto sentido: biología, si-

mejor postor, siempre con miras de alcanzar lo que llama un buen puesto. Uno supondría que raramente se ven desengañados al proceder así.

Posiblemente que yo sea algo más que celoso con todo lo que atañe a mi libertad. Siento que mi contacto y obligación hacia la sociedad son aún muy ligeros y transitorios. Los trabajos livianos que me permiten ganarme la vida y con los cuales hay la posibilidad de hacer algún servicio a mis contemporáneos, son casi siempre un placer para mí y no me parece que sean una necesidad, mientras con ellos tengo éxito. Pero muy bien me doy cuenta de que si mis necesidades aumentaran, el trabajo que se requeriría para satisfacerlas, sería una tarea muy penosa. Si a la vez debo vender mañanas y tardes a la sociedad, como hace la inmensa mayoría, para mí la vida y con los cuales hay la posibilidad de hacer algún nunca vender mi derecho a la vida por una comilona cualquiera. Por supuesto, un hombre puede ser muy industrioso y al mismo tiempo malgastar su vida. No hay mayor y fatal desatino que el consumir la mayor parte de la existencia, procurándose lo que llaman el sustento. Las más grandes empresas se bastan a sí mismas. El poeta, por ejemplo, puede sostener su cuerpo con su poesía, como un molino de río alimenta sus aspas con el impulso del viento. Hasta amando puede uno ganarse su vida. Pero como los comerciantes aseguran que en esto fracasa el noventa y siete por ciento de los hombres, como ocurre con casi toda la vida de los mismos, pues buscando tal modo de vivir fracasan y su bancarrota, al efecto, puede ser profetizada.

Venir al mundo como heredero de una fortuna no significa haber nacido, sino más bien estar a medio nacer.

Estar mantenido por la caridad de los amigos o por una pensión del gobierno —con tal que uno pueda seguir respirando—, por muy finos sinónimos que puedan encontrarse para describir estas relaciones, es encaminarse hacia el hospicio. Va el pobre deudor los domingos al templo para sacar algo de su cuenta, y encuentra naturalmente, que está sacando más dinero que el que deposita. Especialmente en la iglesia católica es donde van los fieles para hacer una clara confesión, y una vez hecha pecan de nuevo. Así es como los hombres pueden acostarse panza arriba, hablando sobre la caída del hombre y no haciendo nada para su salvación.

En cuanto a la comparación que se puede hacer entre la vida de los hombres, podemos diferenciarla ahora en dos casos, pues mientras que en el uno hay satisfacción con un nivel de triunfos, consistiendo en apuntar en sus cuadernos notas cada vez más satisfactorias; en el otro por muy baja y poco triunfal que sea la vida, constantemente hay elevación de nobles fines, aunque ello tenga lugar en el espacio que limitan nuestros horizontes. A mí me agradan más los hombres de este último caso, pues como dicen los orientales: «No viene la grandeza a los que miran siempre hacia abajo y los que miran hacia el cielo siempre siguen siendo pobres».

Es notable que hay muy poco o nada que sea digno de recordarse entre lo que se ha escrito referente a cómo ganarse la vida, o procurarse el sustento no solamente de modo honesto y honorable, sino también armonioso y glorioso; por que si el ganarse la vida no es esto, entonces no es vida. Se pensaría, al hojear la literatura, que esta cuestión nunca perturbó a las solitarias musas individuales. ¿Es que acaso estos hombres están disgustados con sus experiencias al efecto para hablarnos de ellas? La lección de valor que el manejo del dinero enseña, que el Autor del Universo ha tomado tanto cuidado en enseñarnos, nos inclinamos en omitirla. Maravilla también ver la indiferencia, en cuanto a los medios de vida, que los hombres de todas las clases emplean para conseguirlos, sin importarles poco que sea por herencia, ganancia o robo. Pienso que la sociedad nada en este aspecto nos ha dado; es decir, que nos ha defraudado con lo que nos ha entregado. Hambre y frío parecen más amistosos a mi modo de ser, que esos métodos que los hombres adoptaron y aconsejan seguir.

El título de sabio se aplica fácilmente. ¿Cómo puede uno ser sabio si no sabe vivir mejor que los otros hombres? ¿Si solamente actúa con astucia y baja intelectualidad? ¿Es que acaso trabaja la sabiduría en un tráfago sin sentido o, por el contrario, no debe enseñarnos a vivir mejor siguiendo su ejemplo? ¿Es que la sabiduría no puede aplicarse a la vida? ¿O tan sólo es meramente el molinero que muele mejor lógica? ¿Es pertinente preguntar si Platón se ganaba la vida mejor que sus contemporáneos o si sucumbía a las dificultades de la vida como los demás hombres? ¿Prevalencia por encima de algunos por indiferencia o por megalomanía? ¿O su vida era más fácil porque su tía se acordó de él en su testamento? Los caminos por los cuales la mayoría de los hombres ganan su vida, es decir, su sustento, son siempre provisionales e indiferentes a los designios verdaderos de la vida; en parte porque no saben, pero también porque no quieren vivir de otra manera.

H. D. THORAU

Trad. V. Muñoz

PROYECTO

ecología, prehistoria y ciencias históricas, la organización científica del trabajo, etc. b) La segunda tiende a examinar y criticar las más variadas ideologías, particularmente desde el punto de vista de la lógica tocando los diferentes problemas culturales, artísticos, éticos, religiosos, jurídicos, etc.

3.º El Instituto confrontará y dará a conocer cuantas comunicaciones se le hagan.

4.º Dentro de sus posibilidades, el Instituto organizará equipos de trabajo y ramificaciones específicas, y procurará la creación de grupos en diferentes países.

7.º Eventualmente, el Instituto convocará conferencias o estudios semanales en el área internacional o regional.

8.º Todas las contribuciones de reconocido valor serán publicadas tan pronto como sea posible, bien por el propio Instituto o bien por los órganos de prensa del Movimiento Libertario mundial.

Toda la correspondencia o averiguaciones concernientes a este proyecto, debe ser dirigida a: D. SMET, 57, rue de la Poste, Bruxelles 3.—Belgique.

De C. I. A. Boletín núm. 1).

PANORAMA

Treinta y dos años después : la rehabilitación de SACCO y VANZETTI

Si monstruoso fué el crimen que privó de la vida, el 22 de agosto de 1927, a los anarquistas italianos Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti, acusados de un hecho delictivo del que eran totalmente inocentes — el asalto a una Banca — más monstruosa resulta ahora esta rehabilitación tardía a que parecen decidirse las autoridades americanas.

Una vez más, como en el crimen de Chicago, como en el Proceso de Montjuich, cuando ya no se puede devolver la vida a las víctimas inmoladas por la ferocidad del capitalismo, éste quiere rehabilitarse a sí propio, devolviendo la honra, ya que la vida no puede devolverse, a los que fueron sus víctimas.

Toda la Prensa mundial se ocupa del caso : Se reconoce explícitamente que la condena a muerte de Sacco y Vanzetti fué precipitada — ¡precipitada, y estuvieron seis años en capilla! —: que se tuvieron en cuenta « prejuicios » xenófobos y políticos y se ha llegado a la conclusión de que los dos obreros italianos sacrificados eran totalmente ajenos al atraco en cuestión; que, en una palabra, se los mató porque eran extranjeros y anarquistas.

Las desesperadas protestas de inocencia de los dos condenados; el drama de sus familiares — la mujer y la hija de Sacco; la anciana madre de Vanzetti —; la protesta internacional, que fué formidable, y en cuya primera línea estuvieron las Ligas de los Derechos del Hombre de multitud de países y las organizaciones obreras de tendencia libertaria del mundo entero — todo cuanto se hizo por conmover el corazón — inexistente — del juez Thayer y del gobernador del Massachussets que autorizó el crimen — todo fué inútil entonces. Y los dos desdichados ocuparon la silla eléctrica, dejando en la tierra americana, adonde habían ido en busca de libertad y de trabajo, sus cuerpos carbonizados.

Rehabilitación tardía y que no necesitan Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti, reconocidos inocentes por el mundo entero, incorporados por derecho propio al martirologio de todos los caídos por el ideal anarquista y la justicia humana.

Las andanzas de los hijos de Abd el Krim

Abd el Krim no ha sido olvidado por cuantos vivieron los días terribles del desastre de Annual, en donde tantos hijos de madres españolas dejaron la vida. Abd el Krim fué el caudillo de una de las más importantes revueltas de las tribus del Rif contra la dominación española.

Lo pintoresco del caso es que ahora parece que

el gobierno de Franco piensa valerse de los hijos del antiguo enemigo del gobierno español, para producir agitaciones en el Marruecos de Mohamed V, con el que no se lleva muy bien Franco. Agitaciones dirigidas contra el sultán y su gobierno y por ende contra Francia. Tortuosos métodos del franquismo, procurando así librarse del cumplimiento de tratados que fuerzan a Franco a entregar a Mohamed los territorios ocupados y que tantos de miles de vidas y raudales de millones de pesetas han costado a la pobre España. Desde luego, para que allí conquistaran galones y se armasen las trifulcas militares y políticas a que Alfonso XIII era tan aficionado.

Los dos hijos de su padre parecen dos personajes singularmente bien situados entre los meandros de los asuntos árabes. No sabemos a ciencia cierta quién será instrumento y quién servirá a quién : si los hijos de Abd el Krim a Franco o Franco a los poderosos intereses que juegan en todo ese embrollo africano. Y del que los pueblos árabes no son más que víctimas, pues de hecho lo mismo sus explotadores europeos y cristianos que sus explotadores africanos y musulmanes sólo piensan en levantar fortunas con su sudor.

Los frutos del conejismo

Durante treinta años, la propaganda anti-concepcional; las prédicas de los partidarios de la limitación de los nacimientos, han sido perseguidas a sangre y a fuego por la justicia capitalista, que necesitaba producir muchos hombres para producir nuevas guerras.

Pero ahora los artifices del exceso de población, estimulado por las alocaciones familiares y por todas las primas concedidas a las familias que producían muchos hijos, están asustados de su propia obra. La guerra salvadora está muy comprometida porque la propia violencia de los procedimientos que en ella se utilizarían pone en riesgo la seguridad física de los fautores de matanzas. Liberar la energía atómica es liberar fuerzas que nadie sabe hasta donde pueden llegar en su poder de destrucción. Ya no es la guerra la solución capitalista cómoda y remuneradora que había sido hasta 1939.

Y el problema de esa masa humana que crece sin cesar, atterra a los propios gobiernos burgueses. Según estadísticas recientes, en 1957 existían 2.795 millones de hombres, contra 2.493 existentes en 1950. Esto es, en siete años, la especie humana ha aumentado — a pesar de los que mueren — de 302 millones. En 1930, había 2.013 millones de hombres sobre la tierra, mientras que en 1920 sólo existían 1.810 millones. Cincuenta y seis por ciento de la población humana vive en Asia (excluida la par-

INTERNACIONAL

te asiática de la U.R.S.S.) En Europa, donde existe la mayor densidad de población, es sin embargo, donde hay natalidad más escasa — a pesar de que ella ha aumentado considerablemente de unos años a esta parte por las razones expuestas más arriba.

Hoy hay países — el Japón, por ejemplo — que se entregan oficialmente a una política de reducción de la natalidad, aconsejando los métodos anticoncepcionales e incluso el aborto cuando se trata de familias numerosas. En otros países — Suecia, por ejemplo — el aborto es una operación que realizan normalmente los médicos en hospitales y en clínicas, por la sola voluntad de la mujer que allí se presenta solicitando una intervención quirúrgica de esa naturaleza.

El aumento de población es debido también a la disminución de la mortalidad infantil. Ella ha disminuido en la mayor parte de países europeos, pero sigue siendo aterradora en Asia. Como dato curioso señalemos que uno de los países en donde la mortalidad infantil ha aumentado en lugar de disminuir es en España, en proporción de lo que era unos años atrás. Dato que puede anotarse en el haber del franquismo. El país en donde ha habido menos mortalidad infantil en el año 1957, es Holanda.

Pero de lo que se trata es de limitar los nacimientos para detener el aumento de la población del globo. Engendrar menos hijos y engendrarlos conscientemente. No crear legiones de seres tarados física y moralmente, productos de degeneración, de vicio y de miseria. Pero esto tampoco interesa al capitalismo. El día que los hombres dejen de ser un rebaño carente de personalidad y de iniciativa, el fin del régimen de explotación del hombre por el hombre será un hecho.

Cómo juzgan la España franquista los que la han visto de cerca

En el diario «New York Times», en un editorial consagrado al XX aniversario del triunfo del franquismo en España, se dice lo siguiente:

«España es una nación en bancarrota, atrasada en el plan material, políticamente amorfa, socialmente dividida. El presente es desgraciado; el porvenir sombrío y lleno de enigmas.»

Y esto, a pesar de todo lo que ha hecho Norteamérica para sostener al Caudillo, para darle al régimen franquista las inyecciones de sus dólares y para evitar que el pueblo español sacudiera sus cadenas y se liberara del dogal de la dictadura.

Otro sería el panorama presente y futuro de Es-

paña si el fascismo no hubiera salido vencedor de la contienda librada con el pueblo y la revolución hubiese podido proseguir su obra creadora.

EL PROBLEMA UNIVERSAL DEL PARO FORZOSO

En Francia se hacen ya sentir los efectos del mercado común, de las restricciones económicas. Los despidos masivos de obreros en diversas regiones de Francia han producido una justificada alarma en las masas proletarias. Es el problema latente en Italia; la amenaza para la prosperidad y la paz social en Inglaterra. El gran pánico de los Estados Unidos, lo que les obliga a fabricar sin necesidad, buscando con desesperación mercados donde colocar los productos.

Es el cáncer que roe las entrañas de la sociedad capitalista, al que buscan toda clase de paliativos. El paliativo clásico ha sido siempre, para el capitalismo, una nueva guerra que redujese a guñapos humanos el excedente de brazos. Pero hoy el pavor de lo que podría salir de una nueva guerra supera, en las mentes capitalistas, al propio pánico que les inspira el paro forzoso y la amenaza de revolución social que entraña. De ahí que cada país le busque solución con métodos propios; con pensiones o con la invención de trabajos que coloquen los brazos que se desocupen.

De solución al problema no hay más que una: una nueva redistribución de la sociedad y una reconstrucción total de la geografía política del mundo. Nada justifica que haya países que reduzcan la producción por estar saturados de productos, cuando en la India existen 400 millones de seres que carecen de todo. Que los Estados Unidos almacenen la maquinaria, cuando en Asia y en África faltan millares de máquinas para explotar la tierra y ahorrar esfuerzo humano. Nada justifica que se mantengan en ciertos países jornadas de 10 y 12 horas, cuando normalmente ningún obrero del orbe debería trabajar más de seis como máximo.

Y si esta revolución social, política y geográfica no se hace; si el mundo no se transforma, aboliendo las barreras artificiales de los Estados y pasando por encima de los intereses capitalistas, de los grandes «trusts» económicos y de los grandes bandos políticos, el caos en que se debatirá Europa primero, el resto del mundo después, será apocalíptico. El fin del siglo XX, será el período de las grandes convulsiones sociales, de las que, ineclutablemente, ha de salir una nueva organización del mundo.

F. M.

OPINIONES

Psicoanálisis del anarquismo

por *Giovani Baldelli*

EL anarquismo no sólo deriva de lo racional, lejos de ello, felizmente. Sus raíces son psicológicas, incluso orgánicas. Un estudio psicoanalítico del anarquismo (en lo que el psicoanálisis consigue ser intérprete de las presiones biológicas sobre la conciencia) es deseable, a condición que no se confunda anarquismo con lo que importa qué actitud asocial o antisocial y que no se haga de la adaptación al orden establecido la medida de lo sano y de lo normal.

Yo entiendo por anarquista no un hombre que está simplemente en lucha contra el poder, la injusticia y lo absurdo, contra las propiedades mismas de la condición humana, sino un hombre que cree y que se obstina en creer, a pesar de todo, en las propiedades potenciales, si no en la posibilidad histórica y contingente, de una armonía social fundada sobre la buena voluntad, la paz, el desarrollo y la felicidad individual.

El concepto anarquista, en las líneas que siguen, no se refiere más que al género de individuos que creen reconocerse en la definición que acabo de dar, y tengo interés en advertir que el carácter general y somero de mis observaciones no puede describir con exactitud ningún individuo particular.

Las experiencias modelos y seminales del futuro anarquista me resultan arranques de fusión con una naturaleza vasta, enamorada y maternal. No será Freud quien nos enseñará nada sobre el particular. Psicoanalizado él mismo por Ian Suttie, Freud parece haberse resentido apenas de este transporte de sentimientos. La figura del padre domina su sistema porque él mismo estaba dominado. En el anarquista, por el contrario, es la madre que domina, una madre en la que se ha notado mucho tiempo el amor sin ansiedades ni desmayos, donde el amor aparece tan vasto y supremo que es difícil imaginar cómo podría sufrir disminución o reparto. La felicidad de este amor es incomparable; es un Nirvana de carne y de ternura, y como no hay verdadera felicidad más que en lo que se le asemeja, el deseo lo busca para desaparecer en él.

El anarquista es un hombre que habiendo conocido el paraíso materno no logra desembarazarse de una voluntad paradisiaca, sea cual sea la forma que le da él. La maldad de los hombres, que conoce como todo hombre y de la cual sufre probablemente más que ningún otro, no logra mo-

nopolizar su atención ni determinar el curso de su acción de una manera radical. Los fines (paz, felicidad, saciedad) no son mucho tiempo oscurecidos en el cielo de su conciencia o de su voluntad por necesidad de lucha o de revancha, las cuales a pesar de su intensidad son pasajeras, sin que lleguen nunca a imponer carácter fijo.

La formación de un carácter anarquista no es rigurosamente determinado por el complejo de Edipo porque en la infancia del anarquista típico el padre está generalmente ausente o juega un papel secundario, no se coloca como rival y menos aún se transforma en monstruo devorador de sol, en dios celoso y todopoderoso.

El anarquista no conoce frutos prohibidos y le cuesta persuadirse que haya inaccesibles. No es un ángel, tampoco. Perdió también su inocencia; de otra forma no sería el ser moral que es, incluso cuando se hace paladín de ideas inmorales o deja creer que lo amoral, condición de la felicidad individual, lo sea también de la armonía social. Pero el sentimiento de culpabilidad del anarquista no guarda relación con el gesto de la procreación, sino con el de la muerte, no al sexo sino a la violencia. Hemos dicho que en él domina la imagen materna, o sea el principio hembra sobre el macho, el infantil sobre el adulto, y le superior sobre el super-ego, la divinidad de lo natural sobre la exaltación de lo social. No se identifica con el padre, porque éste no le parece admirable, sino con la madre. Contra la madre toda violencia es delito; la felicidad es un don ampliado por la suerte o bien merecido, no fruto de una conquista, de un robo o un atropello. El padre no es algo a imitar, ni a destruir para hacer lo que hace. La madre, la hembra tiene como misión dar; al niño, al macho, de recibir. Esta actitud funcionalmente pasiva, de espera y de adoración, se extiende a otros objetos, humanos o naturales, y no se torna en agresividad más que cuando la práctica de la violencia y de la rapiña de los otros suscita indignación.

Por esta identificación con la madre, o porque la felicidad, procediendo de la madre es algo sagrado, el anarquista resiente la injuria personal como una especie de sacrilegio. No estando inclinado a ocasionar mal a nadie, no se resigna a que alguien le haga mal a él. Por eso olvida con dificultad las ofensas recibidas. La vida puede enseñarle a encajar y hacerse un modelo de pacien-

cia, pero no es el más adecuado para aceptarla como un juego en el que se dan golpes y se toman reciprocamente, al azar o según reglas convencionales.

Otra fuente de sentimiento de culpabilidad del anarquista, que hace que tantos sentimientos sean tamizados por la moral, va a encontrarse en la memoria difusa de la felicidad maternal que ha conocido y en su aptitud al goce de cada momento de su vida. En lenguaje teológico, está siempre en estado de gracia o dispuesto a ello, jamás maldecido o rechazado sin esperanza. Se ofrecería a otros el placer en bandeja y no lo admitirían, mientras que el anarquista, ante el menor signo de voluntad y sinceridad descubierta en otros, se sirve inmediatamente agregando la suya, todo ello sin especulación, y en arranque de pureza. El anarquista no comprende a los malvados ni a los egoístas, a ningún enemigo de la alegría de vivir. Hay tantos de éstos, y muchos decididos a no desprenderse de lo que, en fin de cuentas, les envenena la vida, que resiente como una vaga y turbia piedad y se pregunta por qué generosa o mala razón él tiene el privilegio de sonreír a la vida. De ahí algunas tendencias « masochistas » que le hacen, si no ir hacia el sufrimiento voluntariamente, aceptar como justo el que le llega como si al sufrir quisiese castigarse por ser diferente a los demás, castigarse por el crimen de ser bondadoso en un mundo de malvados.

El anarquismo no es la única ideología que se propone hacer feliz al hombre. Pero como se distingue en tanto que ideología, de una manera inconfundible, se puede creer que las necesidades psíquicas que sostienen a las otras ideologías que reclutan tantos adherentes sean diferentes de las que forman y definen a un anarquista. Otras ideologías se dicen igualitarias pero no lo son y no pueden serlo. Toda ideología arquista se basa sobre el principio de la superioridad y éste sobre el culto de la distinción que es al mismo tiempo miedo y necesidad de las diferencias. El arquista detesta a la masa por miedo a confundirse con ella. Como la naturaleza tiene horror del vacío, él tiene horror de la anarquía sinónimo de desorden y de abominación. Le causa horror porque representa el retorno al vientre materno, lugar inmundo y sofocante, y un abandono a las fuerzas ciegas e indígenas de la vida, a lo viscoso y gelatinoso de los orígenes. La anarquía es lo inmundo, y la arquía el mundo; la anarquía es el caos, y la arquía... no, la arquía puede ser todo lo que se quiere, pero no es Eros: no surge de la unión, sino de la ruptura; no es amor sino desprecio.

La arquía es macho y adulto; por lo menos le es necesario pensar como si lo fuera, porque subsiste y se distingue sobre todo por oposición a lo que es de la mujer y del niño. Su derrota más grande le fué infligida el día que vió palidecer la significación etimológica de la palabra «virtud» y debió reconocer la presencia y la eficacia de los valores femeninos e infantiles. La anarquía le es detestable porque es el pozo primitivo y animal donde todo se confunde, pero también porque se presenta formidable en su aspecto ideal, como

alianza y síntesis de todos los valores femeninos e infantiles. Prisionera de sus categorías de inferioridad y superioridad, la arquía detesta y combate a la anarquía porque coexistir con ella sería reconocer la superioridad posible.

Encuentra, mientras, una prueba de superioridad ante el espectáculo que le dan los anarquistas desparramados, desorganizados y débiles, incapaces de ideas bien claras y programas precisos, abocados al fracaso cada vez que se unen en nombre de aspiraciones y sentimientos generales, impacientes como son de la diferencia que limita, y más inclinados a esperar que las dificultades desaparezcan por sí mismas en bloque a vencerlas una por una. El anarquismo, en efecto, es el reino de lo vago y de lo indefinido y la oposición que encuentra y el poco interés que suscita entre las gentes capaces de pensar, viene de ese carácter infantil del que no sabe o no quiere librarse. El anarquista carece de paciencia para las distinciones sutiles; las juzga sin importancia, y creyendo no ocuparse más que de las solas realidades que cuentan, se separa, en efecto, porque la mayor parte de los hombres se preocupan, sobre todo de las pequeñas diferencias y tejen con ellas las realidades sociales en las cuales el anarquista se encuentra como pez fuera del agua. Al anarquista no le gustan los detalles. Debe ir contra sus inclinaciones habituales y contra la espontaneidad convertida en ídolo cuando se trata de tomar pequeñas responsabilidades y de terminar alguna cosa mediante esfuerzos continuos. Es partidario de la explosión y el milagro, y prefiere no obtener nada para poder conservar la ilusión de todo.

La hipocresía, tan generalmente condenada como universalmente practicada, es más compleja y evasiva, más íntima y orgánica que no lo hace pensar el descubrimiento de su presencia en casa ajena. Es una necesidad más bien que una voluntad de mentir, y una necesidad sea la que sea de la que no podemos desembarazarnos asume naturalmente la vez de la verdad. El hombre acusado de hipocresía siente que sus acusadores tienen y no tienen razón a la vez, porque comprenden sin simpatía y condenan sin comprender. Así el arquista que declara querer la felicidad de los hombres es un hipócrita porque esconde otras preocupaciones inmediatas y menos nobles, y no precisa que no quiere la felicidad de no importa quién, o que cada uno vaya a buscar el goce donde se encuentre. Pero tiene necesidad de querer el bienestar de los hombres y puede ensayar seriamente que lo tengan, porque sabe muy bien que sus impulsiones fundamentales, las que designan las grandes líneas de su conducta, tienen por efecto de hacer gran mal a los hombres, de impedirles el ser felices. No es solamente una cuestión de emplear buenas palabras para prescindir de buenas acciones, sino que es una cuestión de expiación que se impone a sí mismo en los momentos de largueza y reflexión. No se quiere que los otros sean felices cuando no lo es uno mismo, pero cuando se ha conseguido causar algún mal y se ha restablecido cierto equilibrio ante el mal se siente la

necesidad de intentar obtener otra cosa que es el equilibrio del bien.

El sentimiento de culpabilidad del arquista es pues muy diferente del del anarquista. Diferente también el método mediante el cual busca atenuarlo, y esta diferencia demuestra claramente que arquismo y anarquismo no son ornamentos, accidentes, elaboración o superestructura, cosas secundarias, pero son por lo menos tan profundas como el sentimiento de culpabilidad mismo y mucho más fuertemente establecido. El arquista, en efecto, incluso en su necesidad de expiación y de altruismo, recurre a un método que le es propio en el momento que busca seriamente a satisfacerlo. Si hay bienestar a dar es necesario que sea él quien lo dé, y que lo elija. Su mentalidad, cuando se trata de sentimientos y de valores, es como la de un avaro. Para él el bien es como el oro que vale por lo poco que hay, por el hecho que no todo el mundo puede tener y no por el mucho bien que puede provocar; el bien es algo codiciado por todo el mundo, que todo el mundo está presto a robarlo, que es necesario, pues, defenderlo contra todo el mundo e ir a tomar, cuando no se tiene, por la astucia, por la fuerza, por todos los medios. El bien para el arquista es propiedad; es lo que se posee; no es como para el anarquista algo del que se es poseído, un lazo de unión y un movimiento de abandono. Ya que el bien humano por excelencia es el hombre mismo, es expansionando y consolidando su poder sobre los otros hombres que el arquista satisface su codicia y su avaricia. Es así como, cuando se trata de producir goce lo reservará para los suyos, a los que considera como cosas suyas o como guardias fieles de su propiedad. Lo mismo dando que tomando el arquista juega siempre un papel activo o, más precisamente, de violencia. Está ahí en su papel de macho, en el que se ve superior a la mujer, a la madre, a la natura. Por oposición la actitud del anarquista es profundamente pasiva. Este es anarquista en efecto, no porque quiere hacer sino porque está decidido a dejar hacer. Libertad para el arquista es siempre libertad para sí, y ya se sabe lo que esto quiere decir, y a lo que conduce. Libertad es ausencia de trabas, pero las únicas trabas que preocupan al arquista son las que le separan del objeto que desea. El anarquista, por el contrario, está en contra de todas las trabas, sea la que sea, porque lo que le interesa es que un movimiento, que no es él mismo imposición de trabas, no sea impedido, fuera la que fuere su dirección. La palabra « dirección » es reveladora, porque la tendencia espontánea del anarquista es de excluirla de su vocabulario positivo en sus dos significaciones. No hay en el anarquista ningún querer o determinación de hostilidad hacia la mujer, la madre o la natura. Lo que es aún más remarcable y, a decir verdad, lo propio del anarquismo, es que no ejerce hostilidad contra la naturaleza humana, contra los hombres tal como son. El anarquista es el hombre para el que el hombre tiene crédito. Se puede abusar de su confianza, pero no es anarquista más que mientras la conserva. El paraíso, tal como lo concibe, está por todas par-

tes en potencia, quizá sea necesario construirlo poco a poco, mas no es algo que se roba o se corta. Por eso el anarquista es generoso, porque concibe generosa a la naturaleza. El bien está por todas partes; quitemos las barreras y se establecerá automáticamente. El bien que otro obtiene el anarquista no lo pierde; no aspira a la libertad o el bienestar de nadie. Los bienes para él son una cuestión de voluntades más que posesiones materiales; si éstas son en número y calidad limitadas, la buena voluntad puede producir más y aumentar su valor. El arquista vive de barreras y de límites; si quita una es para colocarse con más holgura, pero cada vez que hace esto alarga el perímetro que lo pone en contacto y en oposición con las zonas donde otros se ensanchan y tiene necesidad de barreras como nunca. El arquismo se basa sobre la separación, el anarquismo sobre la unión. La unión, o por lo menos, la comunicación, es para el anarquista el bien por excelencia. De ello su repugnancia hacia las teorías que distinguen entre fines y medios. Su ideal es un mundo sin barreras que no puede realizar más que echando a tierra las que hay. Eso quiere decir que el ejercicio de los medios no es más que la realización del ideal; los dos no hacen más que uno. Sin estado intermediario, sin ruptura, sin salto peligroso de un nivel al otro. Por eso, por la elección de su ideal, con una piedra mata dos pájaros: queriendo que cada uno se libere de las dos barreras que lo oprimen él se libera del sentimiento de culpabilidad que le produce al saberse capaz de felicidad, y conoce la felicidad cada vez que esta voluntad se convierte en acción o encuentra otra voluntad de la misma inspiración.

Esta interpretación del anarquismo en términos psicoanalíticos puede ser correcta o no, muy general o muy particular. Presenta, quizá, más problemas, que resuelve. Pero puede ayudar a responder a la cuestión ¿por qué soy anarquista? cuando la pregunta se hace por una preocupación de veracidad y no de propaganda o justificación. Puede ayudar también a mejor comprensión de los aspectos filosóficos, éticos y sociales del anarquismo; no pretende descartar o substituir. La anarquía como teoría y práctica de organización social no es tan simple como podría hacerlo creer una voluntad de bienestar o necesidad de amor. No solamente toda forma de organización social choca un día u otro con las voluntades arquistas, sino que también el anarquista puro es una abstracción. Estas modalidades de la lujuria que hemos descrito como propiamente anarquistas, pueden ser predominantes, es decir, la primera o la última palabra, pero el alma humana es muy dinámica y complicada, demasiado sensible a las llamadas, a las constricciones y a los rechazos que le afectan continuamente desde fuera, para que puedan expresarse y saciarse en la acción, sin mezclarse ni negarse, sin confundirse o paralizarse. Cuando la inteligencia, no obstante, las ha descubierto y reconocido, puede defenderlas y guiarlas, puede hacer del anarquismo militante una moral vivida de fidelidad a sí mismo.

Trad. : J. ALAUDO

COMENTARIOS CRITICOS

«Biología de la Libertad», por Nerio Rojas

I

«**E**L neovitalismo da a la vida un origen energético especial y no fisicoquímico, aunque éste puede explicar algún aspecto de cómo se suceden las transformaciones que no coinciden exactamente con el mecanicismo determinista». Aquí trasciende la metafísica.

Lo concreto es que la vida aparece como un juego permanente de acciones, interacciones y reacciones, de adaptación y desadaptación, de pasividad e independencia, de fuerzas actuantes que culminan en el hombre como realidades eficaces procedentes del cosmos. Hay energías imponderables, pero ellas no pueden explicarse por el «espíritu».

«El hombre auténtico es un ente *espiritual*». He aquí las influencias de los antepasados con sus creencias mágicas, que se exaltan hasta la imaginación *divina*. Afirmación anticientífica, de origen irracional aunque el hombre se vanaglorie de haber alcanzado la cúspide de la razón. Metafísica clásica igual a *perfección divina* (?)

Se acepta una metafísica científica, que no se detiene, como la química, en la molécula y en el átomo; desecha las lucubraciones «espiritualistas» e investiga las energías que aún no ha podido captar en una explicación satisfactoria para el conocimiento lógico.

Sólo con sofismas podrá rebatirse esta definición «descriptiva y analítica»: «La libertad es una fuerza biológica guiada por la inteligencia y la conciencia, que expresa la voluntad autónoma de la persona para dominar sus propios instintos y la coacción de los demás, en defensa de un equilibrio social sobre la base de la dignidad del individuo». Al llegar a la plenitud de la inteligencia con la voluntad se deduce que «pensar es el primer acto de la libertad».

Más se advierte el miedo de caer en el anarquismo... y aquí es preciso puntualizar:

El anarquismo es la efectiva libertad del hombre y niega constantemente la moral acomodaticia, el derecho «torcido», la hipócrita sociedad explotadora y el Estado sostenido por la violencia cuando no se acatan sus leyes tramposas... Todo regido por el desorden autoritario que enfáticamente se denomina «orden jurídico».

Nada tiene de común la anarquía con la arbitrariedad ni con el instinto egoísta que se desplaza hacia lo que en la práctica es egolatría... La anarquía es la negación de autoridad y la esencia de la verdadera libertad, y ésta no puede ser un «milagro de resurrección» en lo biológico, sino un apremio vital.

El «orden jurídico» siempre seguirá coartando la libertad dentro de la «justicia social». Ambos medios coactivos enmascaran la servidumbre que se quiere imponer por la autoridad colectiva o unipersonal.

Teóricamente, la democracia realiza el ideal del hombre libre; en la práctica siempre conduce hacia la despótica o benévola dictadura. Patente es la historia de es-

ta flagrante contradicción desde 1914, año fatídico de la guerra total. Desde entonces, el derrumbe va hacia lo atómico de la incompreensión fratricida. Esto es lo real comprobado ahora y no lo emocional de las canciones patrióticas, de los himnos guerreros que exaltan lo nacional en el amor a una «libertad abstracta» que se diluye en los odios sociales a la orden del día.

El autor vacila o no quiere chocar con un ambiente cargado de misticismo en la expresión de ilustres escritores a los que comenta. Y aunque «prefiere acercarse a los hechos de la naturaleza, los de la biología, pues el hombre y su voluntad libre son expresiones de la vida», señala que éste «su modo de ver no implica ninguna posición materialista». Y en sus citas recalca, por boca de autores eminentes, que «el espíritu es una realidad y que ha nacido en la vida». No hay demostración de esta premisa, que es un amasijo de reminiscencias en que fluctúa el dualismo imperante, no en la ciencia experimental, sino en la creencia y en los mitos de la fantasía.

El punto de vista de la evolución, como progreso incesante del hombre, quizá se excede en divagaciones y es lo cierto que el *hombre sabio* se convierte con frecuencia en la convivencia en «estúpido». Al complicar su vida en lo social ha llegado a tal cúmulo de aberraciones que su existencia resulta monstruosa e imposible para una convivencia armoniosa con su propio temperamento y con sus semejantes.

El dualismo que se busca en las comparaciones zoológicas, no es más que la fuerza de lo «imponderable». El llamado espíritu no explica ni resuelve el equilibrio biológico.

La divagación fantástica llega a la cumbre cuando se afirma que «el hombre no ha terminado su evolución y que su *marcha ascendente es ya espiritual* para superar la animalidad de sus instintos ancestrales».

Si es cierto que el hombre se supera «por voluntad y educación» para llegar a los niveles excelsos del heroísmo y de la santidad, también lo es que se hunde en el crimen y en la depredación, con todas sus aberraciones.

La experiencia demuestra que todo acto monstruoso en la virtud y en el vicio, obedece primero a un temperamento que se plasma en la educación y que después se afirma por la voluntad, o la libertad de poder elegir una conducta.

Hay que examinar lo que hay de consciente o no en el procedimiento del hombre en un caso dado. Lo normal no es muy brillante en el concepto moral y las extravagancias son productos de un desequilibrio funcional, que registra el cuadro de las neurosis en la psiquiatría.

Los instintos de conservación en lo sexual y en lo social, parten del individuo, se amplían en la pareja y se subliman en la acción colectiva cuando hay solidaridad, o se pervierten por la influencia de los antepasados y por el medio corruptor y corrompido. Total: herencia y ambiente.

El hombre posee la razón, pero no la emplea para el bien suyo y el de su especie. Vive en continuos sobresaltos y yerros, y resulta fantástico denominarlo *ente espiritual*. Si el « espíritu » (?) es lo sublime, nuestra época es de cieno y toda la historia está plagada de lagunas mefíticas rodeadas de focos infectos.

Recordar los « sacrificios del heroísmo » y de la santidad como *formas sublimes de la voluntad libre* equivale a nombrar la soga en casa del ahorcado. Todas las acciones « disparatadas » son sugerencias, desequilibrios entre el pensamiento y la acción, falta de armonía individual proyectada en el *maremágnum* social.

El problema más urgente es la educación racionalista que hace al educando el dueño de sí mismo, con la responsabilidad de una convivencia esclarecida por el análisis crítico en todos sus aspectos. Sólo así se pueden hacer seres conscientes y no engranajes de un sistema autoritario que continuamente hace verdugos y víctimas.

La biología de la libertad, para ser efectiva, ha de ser libertaria, sin mando ni obediencia, sin amos ni siervos, a fin de lograr la cooperación social equitativa.

«El ascenso intelectual y moral tiene una marcha paralela en el sistema nervioso, desde los rudimentarios ganglios cefálicos de los invertebrados hasta el cerebro humano. Este es la base fisiológica necesaria, aunque ciertos fenómenos inexplicables parecen a menudo sobrepasarla». Lo que no implica un reconocimiento espiritual, sino una ignorancia que limita los campos aún desconocidos de la ciencia investigadora.

Siguen lucubrando los metafísicos, los místicos, los teósofos y los sabios sin prejuicios (?). Mas sus canciones celestiales, loando al « espíritu » sólo resuenan en el vacío divagar de la fantasía.

Por grande que sea un anatomista en sus comparaciones, su conclusión no es convincente cuando sostiene que «por muy paradójico que pueda parecer», el espíritu ha dominado siempre a la materia.... Dualismo corriente, pero impropio de un biólogo.

Aunque lo afirme el más grande historiador, no deja de ser una simpleza colocar la antropogénia en la esencia divina : «El protagonista humano, en el drama divino no sólo sirve a dios (?), capacitándose para renovar su creación, sino que también sirve a sus compañeros indicando el camino a seguir por los demás» (Toynbee). Para quien maneja la ciencia y el conocimiento concreto, este preámbulo no tiene sentido racional.

El hombre « espiritual » no es otro que el hombre con capacidad intelectual, «reconocida por un gradual aumento de la masa encefálica, particularmente en su parte cerebral».

La verticalidad del hombre y la habilidad manual marcan la amplitud de las posibilidades humanas en sus aplicaciones prácticas. Se niega que éstas se deban al « ascenso espiritual de la humanidad »... Ni hay tal ascenso ni hay tal espíritu que lo guíe.

Es admirable que la « evolución humana » se divida en estos siete periodos : I — Salvajismo. II. — Subsistencia con pescados y uso del fuego. III. — Invención del arco y la flecha. IV. — Barbarie e invención de la alfarería. V. — Domesticación de animales en el hemisferio oriental y en el occidental; cultivo del maíz y plantas por el riego; uso de adobe y piedra. VI. — Fundición de mineral de hierro y sus aplicaciones. VII. — Civilización, desde la invención de un alfabeto fonético hasta la escritura y el tiempo presente. (Morgan).

Al que busca la mayor probabilidad hipotética de las épocas primitivas, lo desorientan las contradicciones. Por un lado se dice que «todos los investigadores coinciden en que las generaciones iniciales de hombres fueron herbívoras». Después se afirma : «El hombre neolítico, que llega a Europa hacia los 100.000 años antes de Cristo, cambia progresivamente la caza por la agricultura, domestica animales y cocina sus alimentos». En general, la vida natural de muchas de las sociedades primitivas era pacífica y se nutría de la caza, la pesca y lo que recogía de las plantas. «Las épocas más primitivas fueron esencialmente de hombres cazadores y pescadores». «Caza y pesca y recolección de frutos y raíces salvajes, tales son las actividades del hombre más primitivo... después, y en regiones apropiadas se inició la agricultura». Lo más definitivo en esta cuestión alimenticia es lo que reproduce Burns en «Civilizaciones de Occidente» : «El hombre paleolítico superior cocinaba sus alimentos; se han descubierto grandes fogones para asar carne, entre ellos el de Salutré, en Francia, que media treinta pies por sesenta. En las cercanías de ese fogón halláronse restos de huesos carbonizados de por lo menos 10.000 caballos, aparte los de mamut, bisonte, ciervo y oso».

Una observación importante sobre el Cristianismo es la de que «el fanatismo y las implicaciones políticas han llevado a sus tres ramas principales, católica, ortodoxa y protestante, a desviaciones, complicidades y excesos en diversas épocas y países. Esta semejanza es la que olvidan los anticatólicos cuando atacan sólo a esta iglesia, como si en las otras no hubiera habido también vinculaciones con los despotismos y otros tipos de inquisición o de intolerancia».

«La libertad es una carga y no un placer». Sentencia que contradice la tesis de la «Biología de la libertad» y hay que demostrar su eficacia. Con ella se recalca el sofisma de los que siguen sosteniendo que «los pueblos tienen los gobiernos que se merecen». Consigna de dómines para justificar los excesos autoritarios en el galimatías jurídico, por el que medran y proliferan los abogados del «derecho torcido» y representan las mascaradas judiciales en que se excede la majestad de los tribunales y las majestades del crimen social.

«Hay que educar al «soberano»... Eso es lo que hacen los gobiernos con la dirección de la enseñanza que está en sus manos, a fin de que el simple ciudadano se crea «soberano» para seguir siendo siervo. Lo que está por verse es el efecto de una educación racionalista que, en los tiempos por venir, terminase con los falsos conceptos de soberanía y servidumbre... ¡Otro ideal lejano!

Es magnífica la intención de los que afirman democráticamente que «los derechos individuales, como expresión de su ciudadanía, han de llegar a consolidar sus libertades, castigando fuertemente la responsabilidad del gobierno que las desfigura y las restringe. La salvaguarda suprema de esos derechos se basa en el sentido de la justicia y en el apoyo que debe pedirse a una magistratura «independiente y respetada».

La falacia de esta proposición es evidente en el quehacer diario de esa magistratura que obedece órdenes superiores y prejuicios de clases y jerarquías, o se encierra en las interpretaciones, «al pie de la letra», de los códigos anacrónicos que maneja con sentido cavernario. ¿Dónde está esa institución que aplique las leyes con imparcialidad y respeto de la justicia dictada por el privilegio de los hombres providenciales?

DE UNOS
A OTROS

Preguntas y respuestas

1.º — Hay un lector que nos escribe preguntando sobre el origen de lo que ha registrado la Historia con el nombre de «Compromiso de Caspe». Adelanta que, según sus referencias, existe cierta similitud entre aquella situación española y la de ahora.

Respuesta. — No hay que perder de vista que cada período de inestabilidad política ha encontrado sus dificultades para la sucesión. En virtud del papel que juegan los hombres, con constitución o sin ella, son los hombres que importan. Exactamente igual no se sabe que haya habido nunca una hora como la actual. Suceder al franquismo sobre el que pesa la responsabilidad de MILLON Y MEDIO de muertos, no puede compararse a lo que motivó el tratado de Caspe. El parecido que pueda haber se limita al hecho de que hay un trono vacante, que se multiplican las

intrigas para ocuparlo y para que no se ocupe, etcétera, etcétera. Esto de las intrigas, existen siempre, vacante u ocupado.

El «Compromiso de Caspe» se firmó hace 549 años. Entonces también había, de cierta manera, un pueblo organizado. Veámoslo: El 31 de mayo de 1410 muere Martín I «El Humano», rey de Aragón y Cataluña. Con su muerte, el conglomerado de reinos unidos, que le dejara Jaime I, estuvo a punto de hundirse por las rivalidades que despertó su sucesión. La ambición de los príncipes y de los intereses, sobre todo de los intereses, nacían difícil la coronación. Cinco son los que se disputan el mando: el Conde de Urgel; Antonio de Luna, favorito del Papa Benito XIII; el Duque de Gandía, de la rama alfonsina; Luis II, presentado por la casa de Anjeo (Anjou); y en fin, Fernando de Antequera, hijo de Eleonora de Aragón.

Una guerra más era inminente; el Conde de Urgel, que gozaba de cierta audiencia popular—léase clero español— ya la declaró, y es entonces cuando las instituciones políticas (parlamentos regionales y provinciales) reclamaron el derecho de zanjar la cuestión eligiendo el rey que les pluguere. Una comisión de nueve miembros fué nombrada para investigar y decir quién es el que tenía derecho y aptitudes.

La sentencia fué promulgada el 28 de junio de 1412 — dos años después — dando la corona a Fernando de Antequera, descendiente de los Trastámara.

El acta levantada por la Comisión se conoce por «Compromiso de Caspe».

Si una interpretación ha de darse a tal desarrollo y a tales conclusiones, preferimos que las haga el lector.

Como detalle curioso retendremos que de la misma formaba parte el que para los católicos de hoy se llama San Francisco Ferrer.

2.º — ¿Podéis decirnos algo sobre el origen de la Jota que se baila y canta en Aragón?

Respuesta. — La Jota, como baile y como canto tiene su cuna en Calatayud. Esta ciudad llamada antiguamente Bilbilis, fué destruida y reconstruida por los moros. El jefe de las fuerzas árabes que atacó y ganó se llamaba Kalat-Ayud=Castillo de Ayud. Una vez que la ciudad volvió a la normalidad se instaló en ella el poeta árabe Aben Jot. Y fué éste quien compuso la primera música y escribió las primeras palabras de la Jota aragonesa.

El mundo se ha achicado por la rapidez de las comunicaciones, que sólo disfrutaban los potentados, pero por más que la fantasía idealista afirme que «todo marcha hacia la integración geográfica de la humanidad», lo cierto es que desde la primera guerra mundial se han ido aumentando las dificultades policíacas para que el hombre común cambie de lugar sin impedírsele las fronteras, que sólo pueden traspasarse con un lío de papeletas verificadas, sellados y revisados por el engranaje autoritario que tritura al hombre que quiere ser libre por lo menos en sus movimientos transferibles de un lugar a otro.

Sería fácil lograr la supresión de ese papelorio que no se conocía para viajar de un país a otro antes de 1914... Pues ni siquiera se llega a esta infima libertad, aunque varias veces se ha discutido sin mayor trascendencia práctica.

Si la libertad es innata en el hombre y evoluciona en la escala zoológica, es discutible que haya creado el derecho que llevaba en su misma entraña. El derecho es la asechanza de los que teniéndose por fuertes inteligentes siguen imponiendo a la sociedad las prerrogativas de su audacia y de sus exacciones.

El Estado contemporáneo no es un «nuevo dios ateo»... ¡Vaya con el juego de palabras!... El Estado siempre ha reconocido a dios y se ha apoyado en esa creencia vulgar, que no es sino una ficción. Todos los gobiernos practican actos religiosos y se prosternan ante los altares y juran «divinamente» por el desempeño de sus cargos para bien de sus pueblos. Excepto la Unión Soviética, no hay otra estatolatría que deje de elevar sus preces al «altísimo» para que él ilumine la acción de «desgobernar»... En este mito, lo más repugnante es saber que muchos de sus máximos corifeos, siendo ateos, se prestan el «supremo hacedor» y se hacen perjuros con una frescura que repudia todo sincero creyente.

COSTA ISCAR

MICROCULTURA

1. — En 1900 atraviesa el Atlántico norte en 5 días, 7 horas y 38 minutos el barco alemán Deutschland (Alemania, en alemán).
2. — Se llama esquírol a una ardilla y también a un obrero que sustituye a un huelguista.
3. — Falca se llama la tabla delgada que se coloca de canto, y de popa a proa, sobre la borda de las embarcaciones menores para que no entre el agua.
4. — « Fremito » significa bramido.
5. — A Galeto, habitante fabuloso de Atenas, casado con una hija de Faraón, se le atribuye la fundación de Porto (Oporto), en Portugal.
6. — La última ópera que cantó Julián Gayarre fue « El Pescador de Perlas ».
7. — Glaciarismo : el estudio científico de los glaciares y sus variaciones.
8. — A las golondrinas las llaman en el Piamonte « pollitos del Señor ». Sabido es el fanatismo religioso de los montañeses itálicos.
9. — Los B-24 eran los bombarderos norteamericanos que asesinaron millones de civiles, al devastar las ciudades donde éstos vivían, durante la segunda guerra mundial del criminal Estado.
10. — Una « guita » es una cuerda delgada de cáñamo.
11. — Al escritor Juan Jorge Haman (1730-1788) se le conoce en Alemania como « el Mago del Norte ».
12. — En 1904 atraviesa el Atlántico Norte en 5 días, 8 horas y 16 minutos el barco alemán Kaiser Wilhelm (Guillermo Kaiser en alemán).
13. — El balneario La Hedionda está en el municipio de Casares, provincia de Málaga, España.
14. — El argentino José Hernández escribió el famoso poema « Martín Fierro », célebre por la gracia criolla y la profundidad del concepto.
15. — El láudano es un medicamento líquido que tiene por base el opio.
16. — Empleaban la escritura cuneiforme los asirios, persas y medos.
17. — Atena y Minerva son respectivamente, en la mitología griega y romana, la « diosa » de la sabiduría y de las artes.
18. — Coadjutor es la persona que ayuda a otra en sus funciones.
19. — El « abrazo de Vergara » entre los generales Maroto y Espartero, selló « la conciliación de carlistas y cristinos » al final de la primera guerra carlista.
20. — El Lusitania, vapor británico, atraviesa el Atlántico norte en 1909, haciendo la travesía en 4 días, 11 horas y 40 minutos.
21. — El velero « Mayflower » (Flor de Mayo) es famoso porque fue el que trajo a Norte América a los puritanos que fundaron las trece colonias que sirvieron de base a los Estados Unidos de hoy.
22. — Gran Bretaña, Francia y Holanda son aún los tres países europeos que detentan posesiones en América del Sur.
23. — Barrabás, según la Biblia, fue un asesino a quien Pilatos puso en libertad en lugar de Jesús.
24. — Una resma, es el nombre que se da en el comercio al conjunto de quinientas hojas de papel.
25. — Antonio Watteau (1684-1721) fue un pintor francés de asuntos bucólicos e idílicos.
26. — Canberra es la capital de Australia.
27. — Los « boricuas » son de Puerto Rico.
28. — El elefante tiene por antecesores al mamut y al mastodonte.
29. — El unicornio de la leyenda se parece al caballo.
30. — La muerte de Fernando VII de España dio origen a la guerra carlista.
31. — El gorila y el chimpancé son los dos antropoides oriundos de África.
32. — En 1910 el vapor inglés Mauretania atravesó el Atlántico norte en 4 días, 10 horas y 41 minutos.
33. — El 22 de diciembre de 1870 murió Gustavo Adolfo Becker en 1836, famoso poeta lírico español, cuyas rimas muy sentidas y delicadas crearon escuela y algunas de ellas, como « Las Golondrinas », han dado la vuelta al mundo.
34. — En algunas regiones de Australia se emplean postes telefónicos de acero, pues los comunes de madera son destruidos por los comejenos o termites.
35. — El cacao, de cuyas semillas se extrae la coca, constituía un importante cultivo en México, en el tiempo de los aztecas.
36. — Alfonso VIII, el Bueno, fundó la primera universidad española. En 1208 la inauguró en Palencia.
37. — « Amón » era el « dios » egipcio del sol.
38. — Isidoro Antillón y Marzo (1778-1814) era un sabio español que fue uno de los primeros en propagar « las ideas republicanas en España ».
39. — El primer filósofo que tomó la mochila y el bastón como símbolo de la filosofía, fue Antistenes el cínico.
40. — Aspasia, mujer ateniense célebre por su talento y su belleza, amiga íntima de Sócrates, fue más tarde esposa de Pericles.
41. — En 1929 el vapor alemán Bremen atravesó el Atlántico norte en 4 días, 17 horas y 42 minutos.
42. — El 21 de diciembre de 1401 nació Tomás Guidi en Florencia, pintor italiano conocido por el apellido Moriccio, autor de obras notables por el colorido y la perspectiva.
43. — Plutocracia se llama a la preponderancia de los ricos en el gobierno. Todas las « democracias » del este y del oeste son plutócratas.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Sonetos sociales

por SOLANO PALACIO

Hasta la fecha actual hemos sentido
deseos de luchar en nuestras mentes;
las palabras humanas de valientes,
de los hombres de entonces han salido.

Eramos mayoría en el sentido
de sentir los anhelos vehementes;
queridos y admirados de las gentes
que esperaban con fe lo prometido.

Hoy ya pasó la dicha y la armonía
que entre todos nosotros existía;
y el odio vuelve a ser lo que ayer fuera :

unos son bolcheviques agresivos,
otros son futbolistas impulsivos :
todos hacen el mal a su manera.

..

A los primeros el odio ha trastornado,
y desean vencer en todas partes;
a sus maldades califican de artes,
siendo enemigos de los que han luchado
contra toda injusticia, con denuedo;
es querido por ellos el malvado,
el espía traidor y degradado,
y al hombre bueno le domina el miedo.

La lucha por las calles, las prisiones,
que formaban en ella panteones,
sin causa fusilando muchos hombres,
hoy ya no existe, ha triunfado el necio
que tiene gran rencor, odio y desprecio,
contra cuantos respeten ciertos nombres.

Antes eran los nobles y los curas
de la justicia fieros enemigos;
hoy solamente son unos testigos
en naciones de añejas dictaduras.

Los hombres no se tratan como amigos;
traen los despotismos desventuras
que crean en los campos sepulturas,
y a los presos les llaman enemigos.

Los que ayer a los papas defendieron
los que discípulos de Calvino fueron,
con el fuego y las horcas, asesinos,
son los mismos que hoy entusiasmados,
en las minas, canales y caminos
maltratan a los presos desdichados.

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye este preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
- «Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
- «Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
- «Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
- «Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
- «Ni victimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 100 fr.
- «Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

COLECCION «CENIT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.
- «El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
- «Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
- «Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELIEN, Carlos CAFIERO, 130 fr.
- «La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
- «Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
- «Crítica anarquista de la sociedad actual»; Profesor OITICICA, 50 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Horas de Lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
 - «Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos), 1.650 francos.
 - «El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 600 francos.
 - «De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 fr.
 - «Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 600 fr.
 - «Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
 - «Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHARAVIGLIO, 630 fr.
 - «Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.
 - «Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.
 - «Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 1.000 francos.
 - «El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 900 fr.
 - «Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.360 francos.
 - «Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.
 - «Límites y contenido de la metafísica»: Pedro SANDENEGUIER, 750 fr.
 - «La conquista del Pan»: Pedro KROPOTKINE, 350 fr.
- ### BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL
- «El sexo en la civilización»: Varios autores. Introducción de Havelock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
 - «La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.

- «La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
- «Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.
- «La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.
- «Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
- «Manual del Matrimonio»: H. y A. Stone, 500 fr.
- «El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 500 fr.
- «Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.
- «Tipos psicológicos»: C. G. JUNG, 630 fr.
- «El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.
- «Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
- «Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
- «Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
- «Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARANON, 600 francos.
- «El niño delincuente sexual y su evolución ulterior»: Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
- «El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
- «La inversión sexual»: HAVELOCK ELLIS, 200 fr.

BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común»: Yoritomo TASHI, 450 fr.
- «Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El arte de pensar»: Ernest DIMMET, 450 fr.
- «La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
- «Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 450 fr.
- «El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUDES, 450 fr.
- «La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
- «Cartas a su hijo»: Conde de CHESTERFIELD, 450 fr.
- «La alegría del vivir»: O. SWET MARDEN, 450 fr.
- «El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

- «Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
- «Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.
- «Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.
- «Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
- «Proudhon» (su vida y correspondencia), por E. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.
- «Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
- «Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.
- «Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
- «Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
- «Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
- «Stuar Mill», por H. TAINE, 600 fr.
- «Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.
- «Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
- «Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
- «J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del
Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)
Ayuntamiento de Madrid